

Selecta

CHRIS RAZO

A mil pasos de ti



Trilogía Bailamos 3

Selecta

CHRIS RAZO

A mil pasos de ti



Trilogía Bailamos 3

Selecta

A mil pasos de ti

Trilogía Bailamos 3

Chris Razo

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Si a alguien tengo que dedicarle este libro es a ella, a mi amiga, compañera de viaje, lectora número cero. La persona que me toca querer en la distancia, pero que no por ello es menos intenso.

Gracias, mi loquita, por estar al pie del cañón, incluso cuando las tormentas parecen interminables.

Gracias por ser la madre de Mario, por imaginarme esa escena contigo en la playa tantas veces. Porque cuando la leo, sigo sonriendo.

Eres una persona estupenda, y espero poder cobrarme pronto todos los achuchones que te debo.

Te quiero, Joaky.

Capítulo 1. Tiempo para pensar

Laura

Mi vida se ha convertido en un auténtico caos. Mi relación con Mario ha terminado. Bueno, terminar... ni yo misma sé cómo estamos. Lo único que sé es que me he ido de casa y he cancelado la boda.

Lo más importante de una relación es la confianza. Algo que yo ya he perdido.

Puede que esos mensajes no signifiquen nada, o puede que sí, que haya vuelto a las andadas y que vuelva a ser el mismo de siempre.

¿Por qué quiere casarse conmigo si se mensajea con otra mujer?

Yo creía que las cosas entre nosotros estaban bien. Habíamos superado tantos obstáculos. ¡Estábamos preparando una boda!

Mientras que yo elegía las cosas para el que iba a ser el día más importante de nuestra vida, él, probablemente, estaba revolcándose con otra.

Puede que haya estado muy ciega y no haya querido ver lo que estaba ocurriendo.

He decidido poner distancia. Tratar de aclarar mis ideas y venirme al sur. Mi propósito: tratar de descansar y pensar en qué hacer.

Mario no ha dejado de llamarme, escribirme, por lo que he decidido bloquearle.

No pienso derramar ni una sola lágrima más. No se merece que lo haga.

Yo jamás hubiera hecho algo así, y menos cuando estoy pensando en casarme con otra persona.

No creo que sea capaz de perdonarle.

Dos días después, paseando por la playa de Barbate, el destino vuelve a ponerme a prueba: Jaime. Está allí.

Puede que nuestro reencuentro no sea solo una simple coincidencia.

Cuando le veo, dudo de que sea él pero, enseguida, me doy cuenta de que no hay lugar a error. Es una coincidencia, pero es así. Jaime está en el mismo sitio que yo.

Me acerco a él, y le toco la espalda. Se da la vuelta asustado pero, rápidamente, me devuelve una sonrisa y me abraza con mucho cariño.

—¡No puedo creerlo! Pero ¿qué haces aquí? —pregunta sorprendido.

—¡Eso mismo te iba a preguntar yo a ti! ¡Qué bien te veo!

—¿Bien? Es solo la fachada. ¿Cómo te va todo? La última vez que hablamos estabas liada con los preparativos de la boda. —Mi sonrisa desaparece de la cara y se hace un silencio.

—¿Ocurre algo? —pregunta Jaime.

—Han ocurrido muchas cosas, pero no quiero hablar de eso ahora.

Cuéntame tú cómo te va, y qué haces aquí.

—¿Yo? He venido a desconectar. Mi vida no va del todo bien.

—¿Qué ha pasado?

—Mal de amores. Parece que estoy destinado al fracaso. He roto con Tania.

—Lo siento, Jaime.

—Yo también, pero la vida sigue. Tendré que asumir que el amor no es lo mío.

—¡No digas tonterías!

—Es la verdad. No sé qué ocurre, pero no consigo que ninguna relación salga bien. Tal vez sea yo el problema.

—¡No quiero escuchar eso! Claro que tú no eres el problema. Solo es un golpe de mala suerte.

—Yo estoy cómo tú. Creía que mi relación era perfecta, pero parece que también estaba equivocada.

—¿Has roto con Mario?

—Sí. He cancelado la boda. Necesito pensar. Ya no estoy segura de querer casarme, y creo que él tampoco lo está.

—No me puedo creer lo que me dices.

—Han pasado cosas muy serias, Jaime. He perdido la confianza en él y supongo que, si se pierde eso, ya no queda nada.

—Si necesitas hablar...

—Ahora no. Solo quiero que me invites a tomar algo y que me cuentes cómo te va por el colegio. Quiero que me cuentes cosas alegres. Lo necesito.

—¡Eso está hecho!

Me toma la palabra, y vamos a un chiringuito que hay cerca de la playa.

Encontrarme con Jaime me ha devuelto la sonrisa.

Después de derramar tantas lágrimas, parece que el sol ha vuelto para mí.

Mario

Hace cuatro días que Laura se marchó de casa. No me coge el teléfono, no responde a mis mensajes...

No sé dónde puede estar. Tampoco sé que ha podido suceder para que se haya marchado, y mucho menos, para que cancelara la boda.

Estábamos bien, y de repente, me dijo que no estaba segura de querer casarse conmigo.

Solo puedo pensar que haya aparecido otra persona en su vida, y ese sea el motivo de que me haya dejado.

La casa sin ella se me cae encima. No soporto llegar y no verla. Acostarme y saber que no está a mi lado, que no me abrazará en medio de la noche, y que no me despertará con un beso cuando se vaya.

¿Qué es lo que ha pasado entre nosotros?

No aguanto más la agonía y llamo a Diego. Responde inmediatamente.

—¿Qué pasa, hermanito!

—Dime que sabes algo de tu hermana.

—¿De mi hermana? Se supone que vive contigo, no conmigo, cabronazo.

—Hace días que eso ya no es así.

—¿De qué hablas?

—Hace días que tu hermana se fue de casa.

—¿Habéis discutido?

—No. Lo mejor de todo es que no sé qué ha podido pasar.

—¡Vamos, Mario! Mi hermana no se va así como así.

—¿Crees que si lo supiera te iba a estar llamando?

—Puede que no. ¡Joder! ¿Y dónde ha podido ir? ¿Has llamado a sus amigas?

—Es lo primero que hice, pero está claro que si saben dónde está, no van a decírmelo.

—Voy a llamarla. Me has dejado preocupado.

—Por favor, cuando sepas algo, llámame.

—Lo haré.

Los minutos pasan y comienzo a ponerme nervioso. Diego no me llama, y yo ya he dado tres vueltas al salón. Espero que todo el tiempo que está tardando en decirme algo sea porque ha podido localizarla y porque está bien.

Diez minutos más tarde, mi teléfono suena.

—¿Has podido hablar con ella?

—Sí.

—¡Joder! ¿Y por qué a mí no me coge el teléfono?

—Estás jodido, Mario.

—¿Qué te ha dicho?

—No me ha dado detalles, pero dice que ya no confía en ti, y que no cree que estar a tu lado sea la mejor opción para ella.

—¡Ni siquiera sé qué he hecho! No me lo explico. No entiendo por qué me ha dicho que no confía en mí. Todo iba perfecto.

—Parece que las cosas no eran tan perfectas.

—¡Vamos, Diego! ¿De verdad piensas que he podido hacerle algo?

—No lo sé. Parecía muy contundente en su respuesta.

—Por lo menos, te habrá dicho dónde está. —Diego se queda en silencio.

—¿Tú tampoco vas a decírmelo?

—Son cosas vuestras. Ya me metí una vez en medio, y sabemos cómo acabó todo. Esta vez no.

—¡Esto es increíble!

—Mario, es mi hermana. Sé que volverá. Solo necesita pensar. Está bien.

Estate tranquilo.

—¿Tú lo estarías?

—¡Venga! Luego nos tomamos unas cervezas y me cuentas.

—Te llamo luego.

Cuelgo.

Sé que Diego es su hermano, pero yo estoy preocupado. La mujer que quiero se ha ido y ni siquiera sé dónde está, si volverá.

Si lo que quería era volverme loco, está de suerte: lo ha conseguido.

Capítulo 2. De viaje al pasado

Laura

Jaime y yo hemos quedado para cenar. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas.

Encontrarle ha sido toda una sorpresa.

Ha conseguido que, por un momento, me olvide de que me he pasado los últimos días llorando.

—¡Estás guapísima!

—Gracias.

—Me alegra verte sonreír. Cuando nos encontramos, había mucha tristeza en tu mirada.

—Es que estoy triste, Jaime. Estos últimos días he pasado por unos momentos muy duros.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras.

—Las cosas con Mario no van bien. Al principio todo era perfecto, nos pusimos a organizar la boda, parecía ilusionado..., pero, de repente, todo cambió. Íbamos a visitar sitios para la celebración, y a todos les ponía alguna pega. No estaba ilusionado. No estaba feliz con lo que, se supone, es un momento muy importante para nosotros.

—¿Solo ha sido por eso?

—No. Claro que no. Le cogí el teléfono y vi unos mensajes. Supongo que de una mujer, que le decía que le echaba de menos. Había un tonto evidente entre ellos. Incluso en alguna ocasión, le he pillado con el teléfono y se ha puesto nervioso, y me ha dicho que eran cosas del trabajo. ¡Me mintió, Jaime!

¿Cómo me voy a casar con alguien que me engaña?

—¿Qué te ha dicho él?

—¿Él? No he dejado que me diga nada. No necesito ninguna explicación cuando detrás de esto hay una mentira.

—Deberías darle el beneficio de la duda, puede que estés equivocada.

—¿Equivocada? No, Jaime. Cuando conocí a Mario, él era un mujeriego.

¿Quién dice que no haya vuelto a las andadas?

—La gente cambia. Tú le diste una oportunidad.

—Lo hice porque estaba enamorada. Porque pensé que las cosas entre nosotros saldrían bien, pero está claro que me equivoqué. Alguien que te quiere intenta que los planes de boda salgan bien. Hace que las cosas sean perfectas, y que el día más importante de nuestra vida, sea cosa de los dos. —

Jaime se queda callado. Con él fue todo muy diferente. Supongo que, en ese caso, yo actué igual que Mario. Lo dejé todo en sus manos—. Siento aburrirte con mis problemas, Jaime.

—No me aburres. Sabes que siempre he estado a tu lado, estos últimos meses un poco más alejado, pero siempre pendiente de ti.

—Lo sé. Eres un buen amigo. Ahora cuéntame qué te ha pasado a ti.

—¿A mí? Creo que el amor no es para mí. Tendré que dejarlo pasar.

—¡Qué tonterías son esas! Eres un hombre maravilloso.

—Lo soy, pero parece ser que como amigo, no como pareja. —No puedo evitar sentirme triste por su respuesta—. He pasado unos meses maravillosos con ella. Todo iba perfecto, pero de la noche a la mañana, parece que ella dejó de sentir cosas por mí.

—¿Estabas enamorado de ella?

—Puede que estuviera ilusionado. Solo me he enamorado dos veces en mi vida, y una de ellas fue de ti. —Me quedo en silencio—. No tienes que preocuparte. Yo ya entendí, que tu vida estaba al lado de Mario. Fueron meses duros, pero todo pasa.

—Siento cómo fueron las cosas entre nosotros.

—No tienes que disculparte. El tiempo que estuve contigo fui muy feliz. Por un momento, pensé que duraría para siempre, pero las cosas a veces no salen como uno quiere.

—Puede que lo mejor hubiera sido quedarnos juntos. Después de todo, mira cómo estamos ahora.

—Eso nunca lo sabremos. ¡Dejemos las tristezas a un lado! Estamos en la playa. Nos hemos reencontrado y tenemos mucho que sonreír todavía.

Capítulo 3. Confusión

Mario

—¡Estás hecho una mierda, macho! —dice Diego.

—Gracias. ¿Qué esperabas después de que tu hermana se largara?

—Volverá.

—¿Por qué estás tan seguro?

—La conozco, Mario. Creo que has hecho algo que no le ha gustado, pero que se dará cuenta de que te quiere y volverá.

—Podrías tener el detalle de decirme, por lo menos, dónde está.

—Si te lo digo, me arrancará los huevos.

—Y si no me lo dices, te los arrancaré yo. No sé qué es lo que he hecho, pero necesito hablar con ella y no me coge el teléfono. ¿Qué más puedo hacer, Diego?

—¡Joder! No sé cómo lo hago, pero siempre estoy en medio de vosotros dos.

—¿Me lo dirás?

—Está bien. Por tu bien, espero que lo arregles. No quiero llevarme una bronca, si no lo vais a solucionar.

—Pondré todo de mi parte; te lo prometo.

—Está en Cádiz, más concretamente en Barbate. Está en el hotel que pega a

la playa. Hemos veraneado varias veces allí cuando éramos pequeños. Tráela de vuelta.

—Gracias, Diego.

—No me las des. Solo quiero que lo arregléis.

—Te prometo que la traeré de vuelta, y seguirás siendo el padrino de nuestra boda

—Eso espero.

Cuando Diego me dice dónde está Laura, preparo todo para cogerme unos días libres y salir en su busca. No pienso dejar que pase más tiempo sin solucionar esto.

Dos horas más tarde, cojo el coche y pongo rumbo a Cádiz.

Mientras que conduzco, recibo un mensaje de Sara que salta en el coche:
SARA_08:30

Hola. Me han dicho que te has cogido unos días libres. No me habías dicho nada. Espero que vengas pronto. Te echaré de menos. Besos.

Decido no contestarla. En este momento, lo único que me preocupa es recuperar a Laura; nada más.

Llego a Cádiz un poco antes del anochecer. Busco el hotel que me ha dicho Diego y, cuando entro, pregunto por ella en la recepción. Lllaman a su habitación, pero nadie contesta.

—Lo siento, señor. Ha debido de salir. ¿Quiere que le deje algún recado?

¿Quiere que le busque una habitación?

—No, no se preocupe. Iré a buscarla.

Le he dicho que iré a buscarla, pero cuando miro el reloj, me doy cuenta de que puede estar cenando en cualquier sitio, o puede que haya ido a tomar

algo.

Decido salir del hotel y dar una vuelta por la playa, por si consiguiera verla.

No lo consigo. Decido tomar algo en un bar de la playa, mientras que llamo a Diego.

—¡Cuñado! ¿Encontraste a mi hermana y estáis encargándome un sobrinito?
—dice Diego.

—¡Muy gracioso! Llevo un par de horas aquí y no he conseguido dar con ella. He preguntado en el hotel, pero en la habitación no había nadie.

Estoy tomando algo en un bar de la playa.

—No te preocupes. No andará muy lejos. ¿Has probado a llamarla?

—No. Ya sabes que no me coge el teléfono, y me tiene bloqueado en *WhatsApp*.

—No sé qué habrás hecho, pero tiene pinta de que nada bueno.

—Si por lo menos me lo hubiera dicho...

—Tendrás que esperarla en el hotel a que llegue. Tarde o temprano, tiene que aparecer.

—Sí. Eso tenía pensado.

—Cuando sepas algo, me cuentas.

—Lo haré. Oye, Diego.

—Dime.

—Gracias por decirme dónde está tu hermana.

—Si me arranca los huevos solo será tu culpa.

—Intentaré que no pase eso.

—Dale un beso muy fuerte de mi parte.

—Lo haré.

Cuelgo, y por mi mente pasan todos los momentos que he vivido en estos últimos meses.

Esta no es la primera vez que la pierdo. Tengo la misma sensación que cuando se fue con Jaime.

Todavía recuerdo el día que estuvo a punto de casarse con Jaime.

Se me eriza la piel solo de pensarlo.

Si Jaime no hubiera dicho que no, ella se hubiera casado, aun sabiendo que estaba enamorada de mí.

Agradezco enormemente que ese hombre tuviera la cabeza fría y no se guiara por lo que sentía por ella. Quizá si lo hubiera hecho, en este momento, yo no estaría aquí esperándola. Probablemente estarían casados y vivirían felices los dos.

La quiero con locura. Al principio todo fue muy complicado pero creo que, al final, mereció la pena pasar por todo lo que pasamos. Conseguimos ser felices.

Hemos pasado unos meses maravillosos, pero ahora no sé qué ha pasado para que ella haya tomado esta decisión.

Su cambio fue repentino.

Son poco más de las once. Decido volver al hotel para saber si Laura ya ha llegado.

Cuando llego, me doy cuenta de que no ha venido. Decido esperarla en el *hall* del hotel.

Mi mirada solo está pendiente del reloj y de la puerta de entrada.

Minutos más tarde, el mundo cae a mis pies.

Veo entrar a Laura en compañía de un hombre, no distingo quién es, hasta que no los tengo cerca.

Mis ganas de verla se transforman en rabia y dolor cuando veo que el hombre que le acompaña es Jaime.

¿Para eso ha venido hasta aquí?

Me levanto rápidamente y voy a su encuentro. Cuando me ven, la sonrisa se borra de sus caras.

—¡Mario! ¿Qué haces aquí? —me pregunta Laura sorprendida.

—Eso podría decirte yo a ti, ¿no? Llevas días sin cogerme el teléfono, y vengo aquí y me encuentro con esto.

—Nos hemos encontrado aquí por casualidad —dice nerviosa.

—¿Pretendes que me crea eso? Ahora me cuadra todo.

—¿De qué hablas, Mario?

—De tu repentino cambio de humor. Todo iba bien, y, de la noche a la mañana, decides que ya no quieres casarte conmigo. Era porque ya estabas con él, ¿verdad?

—¡¿Qué mierdas estás diciendo?!

—¡La verdad! Yo como un idiota buscándote, y tú con este aquí.

—Perdona, pero creo que te estás confundiendo. Nos encontramos en la playa y hemos ido a cenar. Nada más —dice Jaime.

—¡Vamos, Jaime! ¿Has dejado de quererla? Siempre estás ahí. Desde que nosotros empezamos. Pareces una mosca cojonera.

—Yo no me he metido en medio de nada. Y por supuesto que la quiero. Lo haré siempre, aunque te pese.

—Deberías de respetar las relaciones.

—¿Igual que lo hiciste tú? ¿Tengo que recordarte quién se metió en la mía?

—Eso fue muy distinto. Tú sabías que ella no te quería. Estaba enamorada de mí.

—Quizás tu problema sea que no sabes cuidarla.

—¿Vienes a darme consejos tú ahora?

—¡Basta ya, los dos! ¡Parecéis críos, joder!

—¿Y tú que eres, Laura? Me has dejado plantado con una boda, sin darme ninguna explicación. Tan solo que no querías casarte. Todo muy lógico, ¿no crees?

—Puede que solo tengas que pensar un poco para saber por qué he querido cancelar la boda.

—¿Pensar? Ahora que estoy aquí me doy cuenta de todo.

—Laura, yo me marchó. Creo que tenéis mucho que hablar. —Jaime se acerca a ella y le da un beso en la mejilla—. Llámame si necesitas algo.

—Gracias por todo, Jaime. Mañana te llamo. —Jaime se marcha.

—¡Vaya! ¿Os he jodido el polvo? —Su mano va directa a mi mejilla.

—¡Eres un gilipollas! Yo no me acuesto con Jaime. ¿Y tú, Mario? ¿Te acuestas con alguien? —Su pregunta me deja descuadrado. ¿De verdad piensa que me acuesto con alguien?

—¿De qué estás hablando? ¿Con quién crees que me acuesto? Yo no soy el que corre a los brazos de un ex cuando sucede algo entre nosotros.

—Yo no he corrido a los brazos de nadie. Yo vine a desconectar y me encontré con él aquí. Si hubiera sido de otro modo, te lo diría, pero no es así.

Si quisiera estar con otra persona que no fueras tú... —No la dejo terminar.

—Me dejarías, ¿no? Lo que has hecho.

—¡No trates de hacerme culpable de algo de lo que solo lo eres tú!

—¿Yo? Todavía estoy esperando a que me digas qué es eso tan horrible que he hecho, que ni siquiera eres capaz de perdonarme.

—¿De verdad no eres capaz de adivinarlo?

—Si te lo pregunto es porque no lo sé, ¿no?

—Me equivoqué contigo, Mario. Pensé que, estando enamorado de mí, cambiarías. Que no volverías a pensar en otra mujer que no fuera yo, pero no ha sido así. Nunca cambiarás.

—Yo no pienso en otra mujer. ¿Qué tonterías estás diciendo? —Sus ojos se llenan de lágrimas, y a mí se me parte el alma. No entiendo nada de lo que está pasando. Me acerco a ella para acariciarla, pero huye de mí. —¡Joder, Laura! ¿Qué es lo que pasa? De verdad que no entiendo nada.

—Me siento desilusionada, triste, decepcionada.

—¿Por qué? Yo pensaba que estábamos bien. Nos íbamos a casar. ¿Qué ha pasado? ¿Has dejado de quererme?

—Claro que nos íbamos a casar, pero parecía que solo iba a hacerlo yo. No mostrabas ni el mínimo interés por organizar nada.

—Solo quería que tú escogieras todo. Quería que todo fuera perfecto para ti.

—¿Para mí? Se supone que nos casamos porque los dos queremos. Tú mismo me lo pediste. Pensé que te haría más ilusión.

—¿Crees que no me hace ilusión? Por supuesto que sí. He luchado mucho para estar contigo, Laura. —Vuelvo a acariciarle la cara, y esta vez ella acepta mi caricia y cierra los ojos—. Mi amor, no sé qué he podido hacer. Si es porque no he estado pendiente de la boda, por favor, perdóname. Te prometo que estaré más pendiente.

—No es solo eso, Mario. He perdido la confianza en ti.

—¿Por qué ha pasado eso?

—Estoy harta de dar vueltas, Mario. Leí unos mensajes de tu teléfono. Sé que tienes a otra persona en tu vida. —Su respuesta da vueltas en mi cabeza.

¿Otra persona en mi vida? ¿De qué mensajes habla?

—No sé de qué me estás hablando.

—¿No te suena Sara? —¡Mierda! Ya sé a qué se refiere.

—Claro que me suena. Es mi compañera de trabajo. Patrullamos juntos.

—¿Ahora se le llama así?

—¿Piensas que me acuesto con ella, Laura? —Me río. ¿Cómo puede pensar que me acuesto con Sara?

—Qué quieres que piense viendo los mensajes que os mandáis.

—No sé de qué mensajes me hablas, Laura. Yo no he hecho nada malo con ella. ¡Por Dios! ¡Si es una niña! Podría ser mi hermana.

—¿A tu hermana le dices que la echas de menos?

—No sé si se lo he dicho, porque estamos de broma muchas veces.

—No se le dice a nadie que le echas de menos de broma.

—No hay nada de malo, Laura. ¿Crees que podría tener algo con otra mujer, estando contigo? Te quiero. Estoy enamorado de ti. Jamás te haría eso. —Ella

agacha la cabeza y me doy cuenta de que no me cree.

¿De verdad dudas de mí?

—Si no tiene importancia, ¿porque el día que te pregunté en casa por un mensaje, me dijiste que era del trabajo?

—Sara, es una compañera del trabajo.

—Sara, Sara...

—No entiendo nada. ¿A qué viene todo esto? Yo no tengo nada con ella.

Puede que no quisiera decirte quién era, pero precisamente era por evitar esto.

No quería que te montaras ninguna película. Por tonterías como esta no se para una boda.

—Puede que no. Se para cuando te das cuenta de que has perdido la confianza en la persona con la que estás. Si me hubieras explicado esos mensajes, si no me hubieras engañado y si, probablemente, no hubieras decidido desentenderte de nuestra boda, nada de esto estaría pasando.

—Ya te he pedido perdón. No sé qué más quieres que haga. Tú tampoco es que estés haciendo las cosas demasiado bien. Te recuerdo que te he visto con tu amigo, y todavía no me has explicado cómo ha podido darse esa coincidencia.

—Tú mismo lo has dicho: coincidencia. No sabía que estaba aquí, ni siquiera habíamos hablado.

—Barbate es muy grande para coincidir en el mismo sitio, ¿no crees?

—Puede, pero es lo que ha sucedido. ¿De verdad crees que Jaime querría tener algo conmigo de nuevo? Le dejé plantado en el altar, ¿tengo que recordártelo?

—Tengo grabado ese día a fuego en mi piel. ¿Crees que se me puede olvidar,

que si él no llega a decirte que no, te hubieras casado? —Se queda callada.

—Puede que eso hubiera sido lo mejor.

—¿Hubieras preferido casarte con él?

—Quizá si lo hubiera hecho, él no pensaría en cambiarme por otra.

—¡Deja de tocarme los huevos con eso, Laura! Yo no te he cambiado por nadie. No intentes justificarte conmigo. Los dos sabemos que Jaime siempre ha sido tu segunda opción. Cuando las cosas entre nosotros se complican, sales corriendo a buscarle. Quizá debería de ser yo el que desconfiara de ti.

—Con la diferencia de que yo te elegí a ti.

—Con la diferencia, Laura, de que él no te eligió a ti. —Mi respuesta la llena de rabia, y a mí me remueve todo lo que pasó hace meses.

—Eso ha sido un golpe bajo. Además, si no estabas seguro de lo que sentía por ti, era tan fácil como decir que no querías estar conmigo.

—Puede que no me haya dado cuenta de la importancia que él tiene en tu vida hasta ahora.

—Jaime siempre ha sido importante en mi vida. Nunca lo he negado. Sabes que he seguido en contacto con él, y que si no le he visto tanto es porque no quería hacerle daño.

—¡Perfecto! Entonces, desde este momento, tienes vía libre para estar con él. Me largo de tu vida, Laura. Para siempre. Que seas muy feliz con tu enamorado.

—Espero que tú también lo seas con tu «compañera de trabajo».

Me dice eso y me marcho. Con un dolor tan grande en el pecho que soy incapaz de contener el aire en mi cuerpo.

Jamás pensé que venir a buscarla se fuera a convertir en mi peor pesadilla.

Cuando decidí venir a buscarla, pensé que estaría enfadada por alguna tontería, pero ahora me doy cuenta de que puede que yo la cagara.

¡Yo no quiero nada con Sara!

Puede que tengamos un poco de troteo, pero nada malo. Ni con ninguna intención. Yo quiero a Laura. Jamás le haría daño intencionadamente.

Puede que inconscientemente, la haya echado de nuevo en brazos de Jaime.

Capítulo 4. Pasos hacia atrás

Laura

Desde que Mario se ha marchado no he podido dejar de llorar.

He sido muy dura con mis palabras, pero necesitaba que sintiera el dolor que yo he sentido cuando vi esos mensajes.

Hace meses que se acabó lo de Jaime, y hoy parecía que fue ayer cuando estaba delante del altar, diciendo «sí quiero».

Yo también me he preguntado una y mil veces qué hubiera pasado si Jaime me hubiera aceptado.

No sé si hubiera sido capaz de dejarle, y tampoco sé si hubiera sido capaz de dejar de querer a Mario.

Adoro a Mario, pero no sé si seré capaz de volver a confiar en él, de olvidarme de que cada vez que esté en el trabajo, estará con ella.

Ha venido hasta aquí por mí, y yo le he dicho que quizás mi vida hubiera sido mejor con otro.

No lo aguanto, y le llamo.

Un tono, dos, tres...no responde.

Lo intento de nuevo. Por fin descuelga.

—¿Mario! ¿Estás bien?

—¿Podría estar mejor? Mi prometida me ha dicho que su vida hubiera sido mejor con otro. —Está ebrio.

—¿Has bebido?

—Sí. Quería dejar de sentir este dolor tan fuerte en el pecho, pero parece que no lo consigo.

—¿Qué dolor, Mario? ¿Te encuentras mal?

—El dolor del alma, de saber que has dejado de quererme.

—¡No digas tonterías! Dime dónde estás. Voy a ir a buscarte.

—Estoy bien. No hace falta que vengas.

—Dime dónde estás, por favor.

—En la playa, andando, pensando, olvidando...

—No te muevas de donde estás; voy a buscarte. —Cuelgo. Cojo una chaqueta y salgo de la habitación.

La playa no es pequeña precisamente, pero pienso que puede estar al lado del bar que abre por las noches en la playa. No pierdo nada por intentarlo.

Cuando llego, le busco, pero no veo ni rastro de él.

Sigo andando por la playa, vuelvo a llamarle.

—¿Mario?

—Sí.

—No te veo.

—Mejor. Es lo que querías: no verme.

—¿Puedes dejar de decir tonterías? Si no quisiera verte, no hubiera venido a buscarte.

—Lo haces por pena.

—Te estás luciendo, Mario. Dime qué ves a tu alrededor.

—Agua y arena.

—Eso no me ayuda demasiado. ¿Alguna luz? ¿Algo que te llame la atención?

—Un barco.

—¿Un barco?

—Sí. Un barco de madera. —Cuando lo dice, me doy cuenta de que sé dónde está.

—No te muevas de ahí. —Tan solo está a unos pasos de mí. Conozco perfectamente el barco del que me habla.

Corro hacia allí, y cuando me aproximo, veo a Mario tirado en la arena, mirando al cielo. Me siento a su lado.

—Me has encontrado —me dice.

—Sí. Conozco muy bien esta zona.

—Nunca me habías hablado de esto.

—Puede que no hayamos hablado de muchas cosas. Quizá hayamos ido muy deprisa.

—¿Te arrepientes de todo?

—No estoy diciendo eso, Mario. Solo digo que hay muchas cosas que no conocemos, él uno del otro; nada más.

—Tengo la sensación de que en algún momento has perdido la ilusión por lo nuestro. No soporto saber que has dejado de quererme.

—Estás borracho, y no sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente. Puede que haya bebido, pero ¿no sabes eso de que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad?

—Puede que debas emborracharte más para así no mentirme.

—¡No te he mentido, Laura! No tengo nada con esa chica. Jamás tendría nada con otra persona. Te amo, Laura. Puede que no te lo demuestre demasiado, pero es la verdad. —Me quedo impactada al oír sus palabras. Es la primera vez que le oigo decir que me ama. Nunca ha pasado del *te quiero*.

Continúa hablando.

—¿Sabes cómo me siento al saber que la persona de la que estoy enamorado cree que se equivocó no casándose con otro?

—No lo pienso, Mario. Solo estaba dolida.

—Claro que lo piensas. Tu vida con él hubiera sido mucho mejor. Él siempre te iba a querer, ¿verdad? Mario solo es un golfo incapaz de comprometerse.

—Yo no he dicho eso. No quiero saber lo que hubiera pasado. Tomamos una decisión, y aunque pienses que empecé contigo porque él me dijo que no, estás muy equivocado. Puede que me casara, pero jamás te hubiera olvidado, no hubiera sido capaz de quererle, Mario. —le acaricio la cara.

—No tendría que haber ido a esa boda. Tendría que haber dejado que te casaras, que fueras feliz con él. Que siguieras con tu sueño de bailar. Yo solo soy una mierda de policía que nunca te dará la vida que tú necesitas. —Veo cómo escapan las lágrimas de sus ojos.

—¡Mario, mírame! Tú eres todo. Contigo a mi lado, no necesito nada más.

Yo no he dejado de bailar, y cuando decidí no seguir haciéndolo de manera profesional, estaba muy segura de la decisión. Quería una vida contigo, a tu

lado. ¡Me moría de ganas por casarme contigo!

—No soy lo que necesitas. —Su voz se torna triste. Le cojo de la barbilla y le obligo a mirarme.

—Eres más de lo que necesito. Yo no he dejado de quererte, Mario. Eso es imposible. Solo estoy decepcionada. Me he planteado muchas cosas en estos días, pero todas me llevan al mismo sitio.

—¿A dónde?

—A que te quiero. Que me puede el dolor de saber que puedes sentirte atraído por otra mujer, tocarla, besarla como me besas a mí, decirle que la quieres. Me muero solo de pensarlo.

—Yo jamás podría decirle a otra mujer eso. Estoy enamorado de ti, Laura.

Puede que no me haya comportado bien, que me haya excedido con el tonto, y que tendría que haberte demostrado lo ilusionado que estaba con la boda, pero te quiero. No he dejado de hacerlo nunca. ¿Podrás perdonarme?

—No sé si seré capaz de olvidarme de esa chica.

—Esa chica no me importa lo más mínimo. ¿Qué tengo que hacer para que me creas? Pediré cambio de compañero, o que me lleven a otro lado.

—No tienes que hacer eso.

—No quiero que tengas ninguna duda de mí. Quiero que confíes en mí. —

No puedo contestar. No estoy segura de poder hacer lo que me pide. Coge mis manos y me acaricia suavemente.

Durante muchos días he tratado de odiarle, pensar en que podría dejar de quererle, pero esa no es la verdad. Estoy enamorada de Mario. No sería capaz de perdonarle una infidelidad, pero sé que en sus palabras no hay ni una pizca de mentira. Le conozco demasiado bien para saberlo.

—Dime que me perdonas y que quieres casarte conmigo.

—Quiero confiar en ti.

—Hazlo. Prometo no defraudarte. —Sonrío y él se acerca a mí despacio, acaricia mis labios con los suyos y nos fundimos en un tierno beso.

—Dime que me vas a hacer un hueco en tu cama esta noche. No estoy en condiciones para estar solo.

—Claro que no lo estás. ¡Estás borracho!

—¿De verdad? Tendrás que llevarme en brazos, quitarme la ropa, ducharme...

—¡Por supuesto que no! Si eres mayorcito para beber, lo eres también para hacer todas esas cosas tú solo.

—¡Me encanta cómo me cuidas!

—Hago lo que puedo —le digo eso y tiro de su brazo para que se levante.

El camino hacia el hotel lo hacemos en silencio.

Supongo que cada uno, por su parte, está pensando en todas las palabras que nos hemos dicho.

Cuando llegamos a la habitación, Mario se tumba en la cama.

—No, no, no. ¡A la ducha ahora mismo!

—No soy capaz de meterme en la ducha yo solo.

—¡Vamos, Mario! —Le cojo del brazo, y comienzo a quitarle la ropa.

Empiezo por la camiseta. Cuando se la quito, descubro que sigue teniendo el mismo efecto en mí. Adoro su espalda, su abdomen... él también sabe el efecto que provoca en mí. Se ríe.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Saber lo que provoco en ti.

—¿Y qué provocas? —Se acerca más a mí y mi cuerpo se tensa. Trato de hacerme la fuerte, pero los dos sabemos quién ganará la batalla.

—Todavía no te he tocado y tu cuerpo arde.

—¡Venga! Tienes que ducharte y dormir.

—No quiero dormir precisamente.

—Mario...

—Laura, ¿cuánto tiempo llevamos sin estar juntos?

—Unos días.

—No hablo de eso. Digo haciendo el amor.

—¿Dentro o fuera de tu casa, Mario?

—¿Otra vez con eso? Nunca vas a creerme, ¿verdad?

—Es que no entiendo a qué viene eso ahora.

—Viene a que no podemos seguir así. Que hace meses que no sentía esta necesidad de tocarte, de estar contigo y no querer despegarme nunca.

—Eso quiere decir que te has cansado de mí.

—No. Soy muy feliz a tu lado, pero creo que hemos dejado de lado muchas cosas. Puede que hayamos caído en una rutina que no nos ha hecho bien a ninguno de los dos.

—No es excusa, Mario.

—No estoy justificándome. Simplemente quiero que entiendas que puede que hayamos ido demasiado deprisa y hayamos dejado atrás lo más importante, que es ocuparnos de nosotros.

—Puede que hayamos perdido la magia.

—Si la hubiéramos perdido, ninguno de los dos estaríamos aquí en este momento. Yo no hubiera venido hasta aquí para buscarte, y tú no me habrías recogido en la playa.

—No sé qué quieres decirme con todo esto.

—Que necesitamos volver al principio. Salir a cenar, pasar una tarde los dos solos, irnos de viaje.

—¿Con que tiempo, Mario? Los dos nos pasamos el día trabajando, y tus horarios nunca cuadran con los míos.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes. Quiero sentir esas mariposas cada vez que entro en casa, y quiero que tú también las sientas. No quiero que cada vez que discutimos o hago algo mal, salgas corriendo detrás de Jaime porque creas que con él la vida sería mucho mejor.

—Yo...

—No quiero oír nada. Solo quiero que me digas si quieres intentarlo. Quiero ir despacio. Organizaremos la boda con tranquilidad, los dos juntos. Sin prisa.

¿Qué dices?

—Que la confianza no se recupera de la noche a la mañana.

Mario

No dejo que diga nada más. Me acerco a ella y la beso. Puede que con más torpeza de la que estoy acostumbrado, pero el estado en el que me encuentro tampoco ayuda mucho.

La cojo por la cintura, luego en volandas, y la coloco por encima de mis caderas.

Me deshago de su camiseta, mientras que beso lentamente su cuello.

Embriagado por el olor que desprende y las ganas que tengo de estar con ella, la tumbo en la cama, y sin despegarme ni un solo milímetro de ella, bajo mis manos hasta su pantalón y me deshago de él. Hago lo mismo con sus braguitas, que me piden a gritos que las quite de ahí. Su respiración comienza a agitarse, cuando la acaricio con mis dedos. Ya no hay ninguna tela que me impida tocarla, y recordarla lo mucho que la deseo.

Jugueteo con mis dedos en su sexo, hasta que consigo que se vuelva loca de placer. Solo oírla gemir me despierta todos los sentidos. Necesito estar dentro de ella, antes de que mi erección decida explotar.

Me libero de los calzoncillos, y hundo mi pene dentro de ella. Lo hago con fuerza y sin previo aviso. Ella se tensa pero, enseguida, se deja llevar.

Subo el ritmo con cada embestida. Ella enreda sus piernas en mis caderas y yo pierdo el control por completo, me hundo en ella y puedo sentir su excitación, no aguanto más, y acabo en ella.

La lleno de besos y pronuncio algo que me sale del corazón:

—Te amo, mi amor. No quiero estar sin ti. Perdóname. —Ella me mira, y puedo ver su preciosa sonrisa.

—Yo también te amo. Dime que puedo confiar en ti, y que no volverás a hacerme daño. No creo que sea capaz de soportarlo.

—Nunca, escúchame, Laura. Jamás volvería a hacerte daño. No soporto verte sufrir.

—Aposté por ti. No quiero terminar siendo una más en tu vida, Mario.

—Por supuesto que no lo serás. Eres la mujer con la que quiero compartir mi vida para siempre, y con la que quiero casarme.

—Iremos despacio para que todo vaya mejor. —Apoya su cabeza en mi hombro y la rodeo con mis brazos.

Echaba de menos estos momentos. No podría plantearme el estar sin ella.

Me dolería demasiado.

Capítulo 5. Siempre tú

Laura

Me despierto al escuchar un ruido. Me incorporo de la cama, todavía con los ojos cerrados, y veo a Mario con una toalla cubriendo solo su cintura.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Lo siento. No quería despertarte.

—¿Qué hora es?

—Muy temprano. Vuelve a dormirte.

—¿Ha pasado algo?

—Tengo que marcharme, nena.

—¿De noche? ¿A dónde?

—Tengo que trabajar. Si salgo ahora llegaré a las doce.

—¡No puedes irte a estas horas! ¡Casi no has dormido!

—Tengo que irme, amor. —Mi cara expresa todo sin tener que decirle nada.

Se acerca a la cama, y me acaricia la cara.

—Estoy bien. He descansado. Dormir a tu lado siempre me sienta bien.

—No quiero que te vayas. —Él suspira.

—Si me despiden, olvídate de boda. —Ríe.

—No te van a despedir, Mario.

—Tengo que irme. —Se levanta de la cama, y me mira.

—¡Estupendo! ¡Vete!

—No quiero irme sabiendo que estás enfadada. —No contesto. Me giro y me tapo con el edredón.

Se mete conmigo en la cama y me abraza.

—No quiero que te enfades.

—No estoy enfadada.

—No lo parece. Al final siempre consigues lo que quieres.

—¿Y qué he conseguido?

—Que me quede.

—No. No quiero que te quedes por mí.

—¡Laura, no seas niña! Quieres que me quede y lo voy a hacer. Duérmete, todavía es muy temprano. —No puedo evitar sonreír. Nos quedamos un rato en silencio. Le abrazo, y le digo:

—No quería que te fueras de noche. No quiero que te pase nada. Además de que adoro dormir a tu lado.

—Lo sé. No te preocupes. Vamos a dormir un rato. —Se acerca a mí y me besa. Vuelvo a quedarme dormida. A su lado todo es mucho más fácil.

No sé qué hora es cuando suena el teléfono de Mario. Él sigue dormido, así que me acerco a la mesilla y lo cojo. En la pantalla veo: *Sara*.

Lo silencio y vuelvo a dejarlo en la mesita. Pero vuelve a alumbrarse, y esta vez veo un mensaje:

SARA_07:15

Hola, rey. Me dijo María que te habías ido unos días. ¿Tomamos un café?

Un beso, precioso.

¿De verdad tengo que pensar que no tiene nada con ella? ¿Por qué tantos mensajes y tanta confianza con él? Eso no lo mando una simple compañera de trabajo.

Por un momento pienso en contestar, pero luego me doy cuenta de que eso me haría mucho más daño.

Mario se mueve, y yo vuelvo a dejar el teléfono en su sitio.

—¿Qué pasa, nena? ¿Qué hora es?

—No lo sé, rey.

—¿Qué pasa?

—Tu móvil ha sonado.

—¿Y quién era? —Mis ojos se humedecen, pero no quiero llorar. Huyo antes de poder hacerlo, pero Mario me coge del brazo.

—¿Qué pasa, Laura?

—Parece que alguien te espera. Puede que por eso tuvieras tantas ganas de irte anoche. —Mario coge su móvil, lo desbloquea y ve el mensaje.

—No me espera nadie. Es mi compañera de trabajo, Laura. No hay nada de malo.

—¿No hay nada de malo? Ayer me hablabas de Jaime, de que siempre está cuando discutimos, pero ¿y tú? ¿Por qué te llama así esa mujer, si solo es tu compañera de trabajo? —Mis lágrimas comienzan a salir sin control. Trato de respirar, pero resulta complicado. Salgo corriendo, pero Mario me sigue.

—Esto lo vamos a solucionar ahora mismo. —Coge su teléfono y veo cómo marca el teléfono de la tal Sara y lo pone en altavoz.

—Hola, precioso. ¿Cómo estás?

—Hola, Sara. Tengo un problema.

—¿Te ha ocurrido algo?

—Sí. Mira, me he venido unos días con mi novia a Cádiz, pero parece que tenemos un problema. Cree que entre tú y yo hay algo. ¿Podrías explicarle la relación que tenemos? —Por un momento el silencio nos acompaña, pero al final, ella contesta:

—Yo...siento si te he podido ocasionar algún problema con ella. No era mi intención. —La chica parece sorprendida y avergonzada.

—No te preocupes. Solo quería que supiera que no hay nada entre nosotros, más allá de una relación de compañeros. Gracias, Sara. Nos vemos a la vuelta.

—Mario cuelga.

—¿Contenta? No tengo nada que ocultar. Siento que hayas tenido que ver ese mensaje, pero te prometo que no hay nada detrás. Solo una buena relación entre compañeros. Cuando ella entró, a mí me costó mucho adaptarme a ella.

Llevaba años trabajando con tu hermano, y que ahora me pusieran con una niña que acaba de salir de la academia, no era lo que más ilusión me hacía.

»Un día ella habló conmigo, y me di cuenta de lo mal que la había tratado.

Desde entonces me prometí que le haría los días más fáciles. Empezamos a llevarnos bien, y sí es cierto que nos escribimos a menudo. Pero sin nada más.

No hay nada entre ella y yo, Laura. Si quisiera tener algo con ella, no estaría contigo; te lo aseguro.

—Yo...

—Te aseguro que, con esta llamada, ella no volverá a ponerme un mensaje.

—Creo que no tenía ni idea de que tenías novia.

—Yo nunca lo he ocultado. En comisaría todo el mundo lo sabe. ¿Crees que me expondría de esa manera, sabiendo que todo el mundo conoce a tu hermano? Lamento profundamente que no confíes en mí.

—Lo siento. Cuando he visto cómo te llamaba, me he llenado de rabia.

—La gente puede llamarme como quiera. Lo único que a mí me importa es cómo me llamas tú. —Se acerca a mí y me besa—. Necesito que confíes en mí. Sé que mi pasado no ayuda, pero yo ya no soy el mismo; quiero que lo tengas claro. He cambiado. Tú me has cambiado. Desde que apareciste en mi vida, yo ya no he vuelto a pensar en otra mujer. Estoy enamorado de ti. No quiero estar con nadie que no seas tú.

—Me siento como una idiota. Sé que me quieres, pero cuando vi esos mensajes...me pudo la rabia. No aguantaría que te enamoras de otra. —Mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas.

—Esa misma sensación tengo yo cada vez que te veo con Jaime, o me recuerdas que tu vida hubiera sido distinta junto a él.

—Sabes lo importante que es Jaime para mí, pero también sabes que te quiero. No he tenido nada con él, Mario. Es mi amigo. Un buen amigo que siempre está ahí cuando lo necesito.

—¿Sabes? A veces pienso cómo hubiera sido tu vida con él. Puede que te fuera mejor a su lado. —Me acerco a él y le cojo la cara.

—¡No vuelvas a decir eso! Yo elegí mi vida contigo. Ya hemos hablado de eso.

—Dime que no me vas a dejar por él.

—¡Claro que no! Estoy contigo. Es con quien quiero estar.

—Volvamos a casa, nena.

—No puedo volver ahora.

—¿Por qué? Ya estamos bien. No tiene sentido que estés aquí.

—Necesito un poco de tranquilidad.

—¿No estás seguro de seguir conmigo?

—Por supuesto que sí. Solo que necesito unos días para analizar todo lo que ha pasado.

—¿Vas a volver a verle?

—¡Jaime es mi amigo!

—Sara también es mi compañera.

—¿Otra vez con eso? No es comparable tu compañera con Jaime.

—Por supuesto que no. Yo no he tenido nada con ella. Tú con Jaime sí.

—¡No puedo creer que estemos discutiendo por esto, otra vez!

—Me voy a duchar —me dice enfadado, y se va al baño.

¿Siempre va a ser así? ¿Vamos a estar toda la vida discutiendo por lo mismo? Se supone que nos acabamos de dar otra oportunidad y todo vuelve a estar igual.

Diez minutos más tarde, Mario sale de la ducha y se viste.

—Tengo que marcharme. Nos vemos cuando vuelvas.

—Mario, espera. —Se da la vuelta y sus ojos se cruzan con los míos. No puedo evitarlo y corro a sus brazos. Él me rodea con ellos y aprieta fuerte.

—No quiero que estemos enfadados —le digo.

—Yo tampoco. Ha sido un golpe bajo lo de Sara.

—Lo sé, pero tú tampoco puedes sacar siempre el tema de Jaime.

—¿De verdad crees que no sigue enamorado de ti?

—¡Claro que no! Él acaba de romper con su novia, y está destrozado. Lo nuestro forma parte del pasado.

—¿Ha roto con su novia? Ya... Solo espero que no me engañes Confío en ti.

—Hazlo, porque entre nosotros no hay nada más que una amistad.

—¿Cuándo volverás a casa?

—En un par de días. ¿Podrás vivir sin mí?

—No estoy muy seguro.

—¿No puedes quedarte conmigo?

—Has dicho que querías estar tranquila.

—Me gustaría que te quedaras.

—¿No te cansas de verme?

—Claro que no.

—Tengo que irme, nena, pero prometo llamarte.

—Te voy a echar de menos, mi policía guapo.

—Buf... si me dices eso puede que me arrepienta y me quede a tu lado.

Se acerca a mí, me besa con una dulzura única, como solo él sabe hacerlo.

—Te llamaré cuando llegue.

—Vale.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Creo que aprovecharé para ir a la playa. —Me mira desconcertado—. No

tienes de qué preocuparte.

—No estoy muy seguro de eso.

—Se trata de confiar, ¿no?

—Sí...

—Llámame cuando llegues. —Me acerco a él para darle un beso y se marcha. Sé que no quiere irse, pero las obligaciones están por encima de todo.

Capítulo 6. Confianza

Laura

Al final todo se basa en lo mismo: en confiar.

Saber que la persona que tienes al lado no te fallará, y que tú tampoco lo harías con él.

Pero ¿qué ocurre cuándo toda esa confianza se pierde? ¿Puede resistir el amor? ¿Puede una relación recuperarse de una herida como esa?

Puede que, si no confías, todo haya acabado, y que el amor que sentías termine por esfumarse para siempre.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? ¿Cómo fue la cosa anoche? —pregunta Jaime.

—Todo bien. Supongo que solo teníamos que hablar las cosas.

—Te lo dije. ¡Sigues siendo una cabezota!

—Lo soy. No puedo negarlo. ¿Y tú cómo estás? Quería disculparme por lo que ocurrió ayer. Mario estuvo muy desafortunado.

—No tienes que disculparte por nada. Estaba dolido. Los dos dijimos cosas.

No quería un enfrentamiento con él, te lo aseguro.

—Lo sé. ¿Te apetece que comamos?

—¿Los tres juntos? No. Creo que para eso no estoy preparado.

—No. Mario no está. Se ha marchado hace unas horas. Tenía que trabajar.

—¿Te ha dejado sola, sabiendo que estoy cerca? —No puedo evitar reírme.

Yo también lo he pensado—. Te ríes porque sabes que estoy en lo cierto.

—¡Qué idiota! ¿Comemos?

—Está bien. Paso a buscarte a las dos.

—Aquí te espero.

Sé que Mario sufre cuando estoy con Jaime, y también sé que no ve con buenos ojos que, después de todo lo que ocurrió entre nosotros, conservemos nuestra amistad. Pero, aunque él no lo entienda, yo no puedo dejar atrás a Jaime. Ha sido una pieza muy importante en mi vida. Siempre que le he necesitado, le he tenido cerca, y solo espero que, en algún momento, Mario, pueda entenderlo.

Tengo claros mis sentimientos, y a pesar de que lo que pueda pensar Mario, sé que Jaime también los tienes.

Ha pasado tiempo desde que lo nuestro se rompió, y aunque no hemos quedado con demasiada frecuencia, siempre hemos estado en contacto.

Sé que él se separó porque le dolía estar cerca de mí.

Puede que solo yo sea capaz de ver lo que ese hombre sintió por mí.

Un poco antes de las dos, recibo una llamada de Mario para decirme que ha llegado al trabajo.

Me pregunta qué voy a hacer, y no sé por qué motivo le oculto que voy a comer con Jaime. Supongo que una parte de mí no quiere que sufra gratuitamente.

Quedamos en que nos llamaremos más tarde.

La comida con Jaime es como siempre: perfecta.

Nos reímos, charlamos, recordamos momentos de nuestros días de baile, e incluso nos proponemos quedar para volver a bailar.

Nos pasamos horas y horas hablando. Estoy tan bien con él que no me doy cuenta de la hora que es.

Son más de las cinco de la tarde, y seguimos sentados en el mismo restaurante, desde hace más de tres horas.

Decidimos pagar y marcharnos a la playa.

Allí sucede algo que cambiará mi vida para siempre.

Creo que cuando tienes una relación con alguien y pasa un tiempo, todavía necesitas algunas respuestas. Quizá para cerrar el capítulo o, mejor dicho, para cerrar el libro de golpe.

Con Jaime me sucede eso.

Desde aquel día en el que él decidió darme un *no* en el altar, nunca volvimos a tocar el tema de nosotros. Puede que él no quisiera avivar más la llama, y yo no quería hacerle daño.

Ahora, meses más tarde, el tema vuelve a salir. Puede que para terminar de sanar una herida o para hacer que vuelva a sangrar como antaño.

—¿Sabes? Siempre he querido preguntarte algo, pero supongo que nunca me he atrevido.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Si no te hubiera dicho que no el día de nuestra boda, ¿qué hubiera sucedido? ¿Te hubieras casado? —Su pregunta me deja en blanco—. No lo digo con maldad. Solo que... llevo meses haciéndome preguntas, y puede que ahora sea el momento de contestarlas.

—Pues... yo también me lo he preguntado varias veces. Supongo que si tú hubieras contestado que sí, yo me hubiera casado contigo.

—¿Hubieras aguantado sin quererme?

—¡Claro que te quería, Jaime!

—¡Vamos, Laura! Los dos sabemos lo que ocurría entre nosotros.

—Y si lo sabías, ¿por qué estabas dispuesto a casarte conmigo?

—Porque estaba enamorado de ti. —Su respuesta parte mi corazón en mil pedazos—. Estuve a punto de decirte que sí. Estuve a punto de ser el hombre más feliz del mundo al hacerte mi mujer, pero comprendí que, del mismo modo, a ti te haría la mujer más desdichada del mundo. ¿Y sabes qué? Me arrepiento cada día, cada minuto, cada segundo.

»Ojalá y no te hubiera dejado ir, ojalá y hubiera dicho que sí ese maldito día. Puede que así no sintiera la tristeza que siento en este momento, y el vacío que me ha tenido destrozado durante meses. —Me quedo paralizada al

oír su relato. Yo pensaba que lo tenía superado, y que estaba bien, pero al escucharle, puedo sentir el dolor que transmiten sus palabras—. Puede que te sorprenda todo lo que te estoy diciendo y que no entiendas el motivo de mis palabras en este momento, pero es hora de decirte las cosas tal y cómo las siento, Laura.

»Durante meses, he estado roto por el dolor. Me decía una y otra vez a mí mismo que había sido un idiota por dejarte escapar, porque yo hubiera conseguido hacerte feliz, mucho más que él, de eso estoy seguro.

»Traté de sobrellevarlo y hacerte creer a ti, y al resto que estaba bien, pero nada más lejos de la realidad. Estaba destruido, derrotado. Me faltaban fuerzas para seguir respirando si tú no estabas a mi lado, pero me tenía que conformar con seguir teniéndote en mi vida, aunque fuera engañándote y diciéndote que todo estaba bien.

»Me encerré en mí mismo, y no quise ver lo que tenía fuera. Tuve que dejar

el colegio, porque era incapaz de levantarme por las mañanas.

»Estuve meses muy jodido, hasta que alguien me salvó. Conocí a una chica que me hizo ver que había más vida después de ti, aprendí a valorarme, y con el paso de los meses, volví a ser yo. Ella era mi psicóloga. Estuvimos en terapia varios meses, incluso la llamaba de noche porque tenía ansiedad.

Tenía pesadillas. Y siempre se repetía la misma: Mario te dejaba tirada, y solo te veía llorar y llorar. Me despertaba temblando, pensando en si sería verdad lo que ocurría en mi sueño. Sentía unas terribles ganas de llamarte, pero nunca lo hacía. No podía.

»Con el paso de los meses, aprendí a sobrellevar ese dolor que me producía tu recuerdo. Ella misma me aconsejó tener contacto contigo, para que la herida pudiera sanar, pero tardé meses en estar preparado para aquello.

»Cuando me encontré contigo y con Roland, ese día supe que olvidarte me iba a resultar imposible, y que solo me quedaba tenerte cerca, para que mi dolor, no fuera tan grande. Desde ese día, recuerdo perfectamente que volvimos a hablar como siempre, y aunque no nos veíamos tanto, volvía a sentirte cerca.

»En el fondo, solo pensaba en que Mario fallara, y yo poder estar ahí de nuevo. Cuando me enteré de tu boda, quise volverme loco. Siempre he pensado que Mario te quería, pero que te merecías a alguien mejor. Cuando apareciste aquí, pensé que no podía ser una coincidencia. Tenía que ser cosa del destino. No era posible que los dos estuviéramos en el mismo sitio, sin ninguna explicación.

»¿Y sabes de lo que me he dado cuenta? De que tú también me buscas a mí.

Cada vez que ocurre algo con Mario, vuelves a mi lado, y no te importa el daño que puedas hacerme con ello. Solo piensas en que Jaime siempre está ahí para ti. ¡Siempre estoy para ti, Laura! ¿Te has preocupado por saber cómo me sentía en estos meses? ¿Te has parado a pensar en el daño que me hacías al decirme que sí querías casarte conmigo? Supongo que solo pensabas en ti misma.

»Deberías de mirar a tu alrededor, Laura, puede que empieces a darte cuenta de que no siempre se puede ser el ombligo del mundo. Todo el mundo acaba cansándose. ¿Volverás a buscarme cuándo Mario te deje tirada de nuevo? —

Sus palabras me hacen pensar. ¿Desde cuándo Jaime habla así? Jamás le había escuchado decirme algo como esto. Soy incapaz de articular palabra. Claro que volverás a buscarme cuando él te deje tirada. ¿Y sabes por qué? Porque lo hará. Puede que te quiera, pero no está preparado para tener una relación de futuro.

»Te equivocaste al quererle a él. Yo podría haberte hecho muy feliz. Solo tendrías que haberme dejado. ¿Sabes el dolor tan profundo que se siente cuando la persona que amas te deja tirado? ¿Cuándo sabes que la persona que tiene al lado no la hará feliz ni una cuarta parte de lo que podrías hacerlo tú?

Está claro que no sabes cómo me siento.

—Siento mucho por lo que has pasado, Jaime. Sabía que te había hecho daño, pero puede que no fuera consciente de cuánto. No quiero que pienses que corro siempre a tu lado cuando las cosas con Mario no van bien. Nuestro encuentro ha sido casual.

—Piensa, ¿si no nos hubiéramos encontrado, me hubieras llamado? —Su pregunta me hace pensar. Puede que sí lo hubiera hecho.

—Solo puedo pedirte perdón. No había sido consciente de lo que te provocaba hasta ahora.

—Ya no es solo el perdón, Laura. El daño ya está hecho. Solo te pido que, si no quieres tener nada conmigo, no me crees falsas ilusiones. Todo lo que tenga que ver contigo todavía me duele.

—Lo siento. Será mejor que me marche. En un par de días vuelvo a Barcelona, si te apetece que nos tomemos un café antes de irnos, puedes llamarme.

No vuelve a decirme nada, ni siquiera es capaz de mirarme.

Me voy al hotel, con la sensación de ser la peor persona del mundo. ¿Por qué no he sido capaz de darme cuenta del daño que podía ocasionarle?

Siempre he pensado que él había superado lo nuestro y que yo era agua pasada. Pensaba que sería feliz con otra persona.

Creo que, hasta este momento, no había sido capaz de ver lo enganchado que Jaime estaba de mí.

Capítulo 7. Tu locura

Laura

—¿Cuándo vuelves? —pregunta Mario.

—Ya te he dicho que saldré de aquí mañana.

—Te noto muy extraña, estás ausente. ¿Ha ocurrido algo que no me hayas contado?

—Ha ocurrido algo, pero prefiero contártelo cuando llegue a casa.

—Me tienes preocupado.

—No pasa nada, de verdad. Prefiero hablar del tema cuando estemos los dos juntos.

—Está bien.

—¿Cómo van las cosas por el trabajo?

—Todo como siempre.

—¿Has visto a mi hermano?

—He quedado esta noche para cenar con él. Le daré recuerdos de tu parte.

—Mario, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¡Claro!

—¿Crees que soy suficiente para ti? ¿Que cuando pasen unos años, no te habrás cansado de mí?

—¿A qué viene esa tontería? ¿Quién te ha dicho eso?

—Es solo una pregunta.

—Sé perfectamente que no es solo una pregunta. Estoy seguro de que tu estado de ánimo es por eso. Escucha, Laura: yo no voy a cansarme de ti, nunca. Y claro que no eres suficiente para mí, eres mucho más que eso. Puede que sea yo el que no da la talla contigo.

—Lo siento. Son solo tonterías.

—Deja esas tonterías de lado, ¿de acuerdo? Tengo muchas ganas de verte. Estoy deseando estar contigo.

—Yo también. Nos vemos mañana. Te quiero.

—Yo también, princesa. —Cuelgo.

Llevo todo el día dándole vueltas a lo que me dijo Jaime.

Siempre he tenido la sensación de que Mario se cansaría de mí, y todas las palabras que me dijo no han hecho más que seguir sembrando la duda.

Todo lo que me dijo me ha tenido con el ánimo destrozado. Supongo que no es para menos.

Cuando alguien al que aprecias te dice que solo le utilizas y que ha estado sufriendo tanto por ti, te sientes la peor persona del mundo.

Esa misma noche recibo una llamada. Es Jaime. Me pide que nos encontremos, que quiere hablar conmigo. Parece triste al teléfono.

Me ducho, me pongo algo de ropa, y salgo a su encuentro.

Lo hago esperando que la situación entre nosotros mejore y podamos seguir con nuestra amistad.

Cuando llego al encuentro él está sentado en una mesa, y me sonrío cuando me ve llegar.

Me siento a su lado y cuando voy a decir algo, me corta.

—No digas nada. Soy yo el que tiene que hablar ahora. Siento mucho lo que ocurrió el otro día. No tenía ningún derecho a decirte todas las cosas que dije.

Lo hice preso de la rabia y el dolor de todos estos meses. Para mí fuiste, en realidad, eres muy importante. Es cierto, lo he pasado muy mal. Me hubiera gustado que tu vida fuera a mi lado y no al lado de Mario, pero la vida es así de injusta a veces. Tú no tienes la culpa de no quererme. Supongo que yo no supe hacerlo bien tampoco. Solo puedo pedirte disculpas.

—No tienes que disculparte de nada. Todo está bien. Te lo prometo. No te guardo rencor por nada de lo que dijiste. Llevas la razón en todo. Yo no tendría que haberte llamado cuando estaba mal con Mario. Fue injusto.

Siempre has estado ahí cuando las cosas se han torcido, y supongo que yo no he sabido devolverte el favor. No he sido una buena amiga.

»Lo único que lamento de verdad es que pienses que te he utilizado, porque no es así. Para mí siempre has sido muy importante en mi vida. Me ayudaste a conseguir mi sueño. Supongo que eso es muy difícil de olvidar.

—Esos meses bailando fueron extraordinarios.

—Sí. Creo que todo fue maravilloso. Todavía recuerdo nuestro primer baile.

Cuando tuve que bailar contigo porque Roland me presentó a ese concurso.

—¡Sí! ¡Y lo ganamos!

—¡Éramos buenos!

—¡No! ¡Seguimos siéndolo! ¿No has vuelto a bailar?

—Lo cierto es que no. He visto a Roland en alguna ocasión, pero cuando he ido, solo ha sido para saludarle, no para bailar. ¿Tú volviste por allí?

—No. Supongo que hacerlo sin ti no era lo mismo.

—Quizá podríamos ir algún día.

—Me encantaría.

—Roland estará encantado de vernos por allí.

De un momento a otro, me siento mareada. No sé que me ocurre pero todo me da vueltas.

—¿Te encuentras bien, Laura?

—No. No sé. Me siento mareada. —Trato de levantarme, pero mi cuerpo me dice que no. Jaime se levanta corriendo a cogerme. Eso es lo último que recuerdo: una sensación de vacío, y voces a mi alrededor.

Lo siguiente que recuerdo es una presión muy fuerte en las manos y mucha oscuridad.

Consigo abrir los ojos, pero no veo nada. Todo es incierto. No sé dónde estoy. Ni siquiera sé si estoy despierta o todo esto solo es producto de mi imaginación. Pronto me doy cuenta de que no. Jaime está a mi lado, y me acaricia el pelo.

—¿Qué pasa, Jaime? ¿Por qué tengo las manos atadas?

—No tienes que preocuparte por nada, mi dulce niña. Todo va a estar bien.

Yo voy a cuidar de ti. Como siempre lo he hecho. No tienes de qué preocuparte.

—¿No tengo de qué preocuparme? ¿Por qué tengo las manos atadas entonces?

—Porque mi nivel de confianza hacia a ti no es demasiado alto. De momento, no quiero que te escapes a ningún lado.

—¡No puedo creer que me estés haciendo esto!

—He tratado de que entiendas por las buenas, de que yo soy tu mejor opción, pero parece que tú no lo ves. He tenido que buscar un plan b.

—¿Tu plan b es encerrarme?

—No. Por supuesto que no. Mi plan b es cuidarte y quererte como te mereces, y no como la hace ese idiota.

—Si me quisieras no me tendrías aquí, Jaime.

—Es pronto para que puedas entenderlo. Solo necesitas un poco de tiempo.

Ya lo verás. Voy a prepararte algo de comida. Luego te llevaré a un sitio más confortable. Todo para que la mujer de mi vida se sienta bien.

De repente, Jaime ha cambiado. Hasta su voz me resulta distinta. No consigo entender qué ha podido suceder. ¿Qué hago aquí encerrada? ¿Qué pretende hacer conmigo? ¿Se ha vuelto loco? ¿Es posible que su amor por mí le haya vuelto así?

Solo puede sentir miedo, y la única manera en la que puedo desahogarme es llorando.

El propio llanto hace que caiga en un sueño profundo.

Puede que nunca terminemos de conocer a las personas. Que lo que creemos que es bueno, en un segundo, deje de serlo. ¿La razón? Puede que nadie tenga respuesta para eso. Solo sé que por muchos años que pasen, y por más que confíes en alguien, todo puede dar la vuelta en un momento.

Siempre he pensado que Jaime era la persona más buena del mundo. Que me

quería con el alma, que poca gente sabe hacerlo de esa manera, y ahora, de repente, estoy con un desconocido. No sé quién, porque ni siquiera reconozco su voz. Tampoco soy capaz de empatizar con su forma de actuar.

¿Puede el amor volvernos tan locos?

No sé las horas que han pasado desde que estoy aquí porque todo está oscuro. Ni siquiera sé si es de día o de noche.

Solo puedo pensar en Mario. Le dije que volvería a casa, y sé que no voy a poder cumplirlo. Solo espero que me busque y sea capaz de encontrarme.

Tengo que contarle tantas cosas...

La puerta vuelve a abrirse, y Jaime vuelve a entrar.

—Te he traído algo de comer. —Su voz parece más calmada.

—No quiero comer.

—Esa no es la actitud.

—¿Y cuál crees que debería de tener? Me tienes en un sitio que no conozco, atada, y muerta de miedo, porque no sé a quién tengo al lado.

—De mí no tienes que tener miedo.

—No te conozco. Tú no eres esa persona con la que yo he compartido tantos momentos.

—Esta es la persona en la que me he convertido por tus desprecios. Puede que no actúe bien, pero es la única manera que tengo para tenerte a mi lado.

—¿Crees que puedes retenerme? ¿De verdad piensas que Mario no me buscará?

—Para eso ya he buscado solución. Y con el tiempo tú te darás cuenta de que yo soy lo que quieres en tu vida.

—Eso no va a suceder.

—Cambiarás de opinión, ya te lo he dicho.

—Suéltame, Jaime. Déjame que vuelva a casa, y dejaremos esto como una anécdota.

—No puedo hacer eso. Ya he arriesgado mucho, y no puedo dejar que te vayas.

—¿Piensas tenerme aquí, siempre?

—No. Ven. Levántate.

—No, no quiero.

—¡No seas terca! ¡No voy a hacerte daño! —Me coge del brazo y tira de mí hacia la puerta. Trato de resistirme pero me coge en volandas.

Puedo ver que es de día. Me lleva a una habitación totalmente decorada en blanco, y con una foto de los dos al pie de la puerta. Reconozco esa foto a la perfección. Es del día que ganamos el concurso de baile. Vuelan en mi cabeza todos los recuerdos que parecían olvidados.

Mi mente se traslada a ese día. A todos los momentos que vivimos, a cada segundo junto a él, en lo feliz que me sentí por haber hecho caso a Roland y poder cumplir mi sueño.

Pero el Jaime que ahora está a mi lado no es el que me abrazó ese día y me apoyó cuando pensaba que todo saldría mal. Ahora es un hombre perdido.

Cegado por el amor que dice sentir por mí.

Durante meses me he sentido culpable por lo que hice. Ahora me doy cuenta de que nunca tenía que haber pasado esa línea tan fina entre la amistad y el amor con él.

Todo hubiera sido más fácil si nunca le hubiera dado esperanzas de nada.

—Esta será tu habitación. No te he traído aquí para darte mala vida. Quiero que estés bien. Quiero cuidarte y quererte.

—Si eso es lo que quieres, ¿por qué no me sueltas las manos? Me hace daño.

—Lo haré, pero no intentes nada porque no te saldrá bien. —Le hago caso.

Puede que tenga que hacerle creer que puede confiar en mí para poder escapar de aquí.

—Gracias —le digo.

—No tienes que darlas. Lo menos que quiero es hacerte daño. Yo te quiero.

Ahora vamos a hacer algo.

—¿El qué?

—Vamos a llamar a Mario y le vas a decir que no vas a volver, que has dejado de confiar en él y que no quieres volver a su lado.

—¿Crees que se va a creer eso?

—Sí. Porque le vas a decir que tú y yo estamos juntos. Y, por si le queda alguna duda, le dirás que nos hemos acostado, para que no se le ocurra pensar en venir a buscarte.

—¡No pienso decirle eso!

—Lo harás. No creo que quieras que le pase algo a tu querido policía. Yo no tengo que mancharme las manos, solo tengo que hacer una llamada.

—¿En qué te has convertido, Jaime?

—En un hombre enamorado. Voy a hacer todo lo que sea por estar contigo.

Anularé a cualquiera que se interponga en mi camino. No harás ninguna

tontería mientras que hables con él. Quiero que tu voz suene contundente, y que a él no le quede ninguna duda de lo que le dices. Tiene que ser así, de lo contrario...

—¡Está bien, está bien! Pero, por favor, no le hagas nada.

—Ojalá y te hubieras preocupado por mí la mitad de lo que lo haces por él.

—Me tiende el teléfono, y me pide que marque.

Mis manos tiemblan. No sé si seré capaz de parecer convincente, pero tengo que hacerlo. No quiero que le pase nada a Mario. En otra ocasión, no hubiera creído que Jaime fuera capaz de hacerle nada, pero ahora... ahora sé que es capaz de todo con tal de tenerme a su lado.

—Recuerda... —me dice. Trago saliva, y escucho los tonos antes de que Mario conteste.

—Hola, princesa. Te he llamado varias veces. Pensaba que venías hoy.

—Hola, Mario. Escucha. Ha pasado algo... —Jaime me mira. Cojo aire para continuar—. No voy a volver. Me he dado cuenta de que no confío en ti, y que todos estos meses solo han sido una mentira. Jaime me ha hecho darme cuenta de que las cosas no son como yo pensaba, puede que tú tuvieras razón desde un principio. Voy a quedarme con él, porque es lo que tengo que hacer.

Me quiere, y puede que con él consiga la felicidad que necesito.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué viene todo eso ahora? Pensaba que estábamos bien. ¿De verdad piensas quedarte con él? —Me quedo en silencio, pero Jaime me hace un gesto para que continúe.

—Ya te lo he dicho. Mi vida está a su lado. Puede que ahora no lo entiendas pero, con el tiempo, entenderás por qué son así las cosas.

—No puedes decirme eso y quedarte tan tranquila. ¿Te has acostado con él?

—Mi respiración se entrecorta, y mis ojos, comienzan a llenarse de lágrimas.

No quiero mentirle, pero sé que tengo que hacerlo.

—Sí, Mario. Lo nuestro ya no tiene sentido. Sigue con tu vida. No me llames más. Trata de ser feliz. —Cuelgo, y Jaime vuelve a cogerme el teléfono.

—Buena chica. Lo has hecho muy bien. No esperaba menos de ti.

—Me has jodido la vida.

—Ahora lo ves así pero, con el tiempo, te darás cuenta de que estás equivocada. Yo soy lo que necesitas al lado. Come algo, por favor.

—No tengo hambre.

—Te dejo sola. —Me tumbo en la cama, y lloro desconsolada. Puede que sea la última vez que escucho a Mario, y ha sido para engañarle.

Me parece tan disparatada esta situación. Me tiene aquí encerrada y me trata como si quisiera protegerme, cuidarme. Como si de verdad se sintiera mal por

lo que está ocurriendo, cuando él mismo es quien lo está creando.

Ojalá Mario sea listo y consiga darse cuenta de que estoy en peligro, y que mis palabras solo eran una mentira.

Mario

Llevo horas analizando la llamada de Laura, y no consigo sacar nada en claro.

Había palabras tan extrañas en su boca. Es cierto que cuando hablamos ayer, todo era raro, y que me dijo que teníamos que hablar pero que prefería que lo hiciéramos en persona. ¿A qué se debe ese cambio de opinión? ¿Por qué ha decidido no volver?

¡No puedo creer que haya querido volver con él!

Trato de sacar un mensaje claro de todo lo que me ha dicho, pero lo único

que consigo es que sus palabras taladren mi cabeza una y otra vez.

Decido llamar a Diego, tengo que compartir esto con él y saber que opina él de todo esto. Necesito que me diga qué interpreta él de las palabras de su hermana, y también que la llame para saber que le cuenta ella. Necesito respuestas, porque las de ella no me han convencido en absoluto.

Cuando Diego llega y le cuento todo lo que ha ocurrido, lo primero que hace es llamar a Laura. Para nuestra sorpresa, es Jaime el que coge el teléfono.

Diego habla con él un rato, y parece tranquilo, pero le dice que Laura no se puede poner.

Cuando Diego cuelga, me mira, y no me gusta.

—¿Qué? —pregunto.

—Algo me hace pensar que mi hermana no está bien.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que prepares la maleta, que nos vamos a Málaga.

—Me estás asustando.

—¡Joder, Mario! Conozco a mi hermana. Sé que ella no sería capaz de dejarte de esa manera. Hay muchas cosas que no entiendo de las palabras que me has dicho, y por la manera en la que Jaime me ha hablado, sé que las cosas no están bien.

—¿Crees que es capaz de hacerle algo?

—No pongo la mano en el fuego por nadie.

Las palabras de Diego me desconciertan todavía más. Él es mucho más templado que yo y, en esta ocasión, de verdad le he visto preocupado.

Sin pensarlo dos veces, cojo algunas cosas y nos ponemos rumbo a Málaga.

Cuando llegamos, nuestras sospechas se confirman: Laura no se ha ido con Jaime por voluntad propia.

En el hotel nos dicen que salió por la noche, pero que no volvió al hotel a dormir. Le avisamos de lo que puede estar sucediendo, y la directora del hotel nos abre la puerta de la habitación donde Laura se alojaba.

Todo está colocado. La ropa no está guardada, y no parece que se haya ido de ahí por voluntad propia.

Es el hotel el que pone el asunto en manos de la policía.

Yo trato de tranquilizarme, pero me resulta imposible. Pensar que Laura puede estar en peligro y que yo podría haberlo evitado. Solo tenía que haberle hecho caso y quedarme con ella, para volver los dos juntos a Barcelona.

Diego me pide que mantenga la cabeza fría y que piense en algún lugar o algo a lo que ella me hubiera hecho referencia en esa llamada, pero no lo consigo.

Decido llamar a comisaría para que rastreen la llamada de mi teléfono, para saber si podemos dar con la localización de Laura. Solo nos queda pensar en que no sea demasiado tarde y que a Jaime no se le haya ido la cabeza.

Capítulo 8. El peligro de quererme No sé en qué momento me despierto. Jaime está tumbado a mi lado, y me acaricia el pelo.

Siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

Nunca pensé que pudiera llegar a sentir miedo de él. ¿Qué te ha pasado, Jaime? Tú no eras así. Eras un hombre maravilloso, que yo pensaba que me quería, que lo hacía de una manera sincera y pura.

¿De verdad he sido yo la culpable de que te convirtieras en esto?

Siento una gran tristeza.

¿En esto se resume nuestra vida? ¿Voy a acabar mi vida con un hombre al que no quiero?

Ojalá y pudiera volver a hablar con Mario.

Cuando lo creía todo perdido, se oye un estruendo y muchas voces. Jaime se levanta de golpe, y se pone detrás de la puerta. En ese momento, entran Diego y Mario por la puerta. Mario corre hacía a mí, me abraza y yo solo puedo llorar. Jaime le da con una lámpara en la cabeza a Diego, que cae al suelo.

Mario se da la vuelta al oírme gritar, y se enfrenta a Jaime.

Solo puedo ver cómo se reparten golpes, uno tras otro. Jaime coge algo de la mesilla y va hacía Mario, entonces pego un grito.

—¡Nooo!! Por favor, Jaime. No lo hagas. Si de verdad me has querido, no lo hagas. No sé qué te ha pasado, pero tú no eres así. Tú eres una persona buena. No arruines tu vida. Ni tampoco arruines la mía. Él no tiene culpa de que yo le quiera. Yo no decidí que tenía que enamorarme de él, simplemente sucedió. Me hubiera gustado decirte que lo había hecho de ti, pero eso no ha ocurrido. No puedes dejar de seguir con tu vida.

»Tienes que curarte porque no estás bien, pero entre todos te ayudaremos, y esto solo se quedará en algo que recordaremos con un sabor amargo.

»Te he querido mucho. Tengo unos recuerdos preciosos a tu lado, no acabes con ellos, porque si le haces algo a Mario, nunca podré perdonarte. —Veo como Jaime tira lo que tenía en la mano, se desploma en el suelo, y comienza a llorar como un niño. Yo me acerco a él, pero Mario trata de impedírmelo.

—No va a hacerme nada. Es como un niño. —Me acerco a él y le abrazo, mientras que le acarició el pelo. Él sigue llorando sin consuelo. Parece un niño indefenso, que llora porque ha perdido algo que quería. Y en ese momento me doy cuenta de que él sabe que me ha perdido, o quizás que nunca me ha tenido.

Ahora sé que está enfermo, que el amor que ha sentido por mí se convirtió en una obsesión, y que no ha podido superarlo.

Jaime necesita ayuda, y no la mía. Necesita ayuda de profesionales, que

sepan cómo tratarle.

La policía irrumpe en la habitación y se lo llevan a la fuerza, Jaime apenas se inmuta.

—¿Dónde se lo llevan? ¡No me ha hecho nada, Mario! —No puedo dejar de llorar.

—¡No entiendo cómo puedes defenderle después de que te ha tenido encerrada!

—¡Está enfermo! ¿No lo has visto? No es Jaime. Tú le conoces.

—¡No es justificación! Podría haberte hecho algo.

—No iba a hacerme nada. —Mario me abraza.

—Lo siento. Tenía miedo de que te pasara algo. Entiendo que estés así.

—No quiero que le pase nada, Mario. Todo lo que le está pasando es por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Sí. Yo he abusado demasiado de él, sin importarme si él estaba sufriendo o no. Necesitaba que yo estuviera a su lado. Yo le creé falsas esperanzas, y ahora está así por mi culpa.

—Aquí no hay ningún culpable. Todo va a estar bien. Jaime se pondrá bien.

—Quiero creer que es verdad.

Después de unos minutos salimos de la casa y vamos al hospital. Mario insiste en que me mire un médico, y Diego necesita que le curen la herida de la cabeza.

Nunca pensé que mi viaje fuera a terminar así. Siempre he adorado Málaga, ahora, cada vez que venga o lo recuerde, tendré un sabor amargo.

Un mes más tarde...

Estos últimos días han sido desesperantes.

Mario y yo hemos vuelto a casa, a nuestra rutina, y a nuestra vida de siempre.

Mi hermano, aquel que decía que nunca se enamoraría, está perdido por una mujer que parece que no le sigue el juego.

Jaime está internado en una clínica, y aunque todavía no me han dejado verle, no hay día que pase que no llame para preguntar cómo está.

Sé que es demasiado pronto para que todo vuelva a la normalidad, pero los médicos dicen que ha mejorado mucho desde que entró.

Supongo que nunca podré perdonarme lo que ha sucedido con él.

Cuando te enamoras de una persona, no piensas en que puedes llegar a obsesionarte por ella y caer enfermo. ¿Por qué no vi lo que estaba sucediendo? Puede que así le hubiera podido ayudar.

Mario sigue sin entender mi sentimiento de culpa. Como tampoco le perdona que me encerrara en esa casa. Aun así, respeta que me preocupe por él.

Hoy he recibido una noticia, en realidad, ha sido una confirmación, porque mis sospechas estaban claras: estoy embarazada.

Era algo que no entraba en nuestros planes, pero supongo que podremos superarlo.

Todavía no he sido capaz de decirle nada a Mario. Me preocupa que no le haga tan feliz como a mí.

Habíamos decidido posponer la boda, y en un futuro algo lejano, poder organizarla.

Esa noche, después de darle muchas vueltas, decido sentarme a hablar con Mario. No aguanto las ganas de saber qué piensa.

—Mario, tengo algo que contarte.

—Si supieras el miedo que me da oír esa frase...

—¿Por qué?

—Cada vez que la pronuncias, no sé cómo haces, pero acabas dejándome.

—¡No, no! ¡Nada de eso! Es algo bueno, o lo es para mí.

—Suéltalo. Me estás poniendo nervioso.

—Vas a ser papá. Dentro de aproximadamente, nueve meses. —Se queda callado.

—¿Mario?

—¿Papá?

—Sí. Ya sé que no entraba en nuestros planes, pero parece que nuestro viaje a Málaga no trajo solo cosas malas.

—Voy a ser padre...

—No es para montar una fiesta, pero... pareces decepcionado.

—¿Decepcionado? ¡No! Estoy sorprendido. No esperaba algo así, pero...

¡me encanta!

—¿De verdad? —Se acerca a mí, me coge del brazo, y hace que me siente encima de sus piernas.

—Es la mejor noticia que me podías dar. Esa y que me digas que te pensarás lo de casarte conmigo.

—Ahora tienes mucho de lo que preocuparte. Seguramente que de aquí salga una niña, y tendrás mucha tarea por delante.

—No. La ataré en corto hasta los cuarenta.

—¿Hasta los cuarenta? Sabes que no te dejaré hacer eso.

—Voy a ser un padre muy estricto. Sé que te querrán más a ti.

—¿Me querrán?

—Sí. ¿Crees que me voy a conformar con uno? Si sale chica, necesitare un aliado en casa, y si vuelve a salir otra chica, seguire intentándolo. —No puedo

parar de reír.

—¡Estás loco! ¡No pienso tener más de dos!

—Eso ya lo veremos. Laura...

—Dime.

—Te quiero con todo mi corazón. Trataré de que cada día de tu vida sea más feliz que el anterior. Lucharé por que me quieras siempre.

—Eso lo haré toda la vida. Quererte es lo que más me gusta en el mundo. —

Me acerco a él y nos besamos. Nuestro primer beso de papás, el primero, pero no el último.

Jaime

Hoy, después de tres meses, vuelvo a casa.

Tranquilo, sereno y dejando la tristeza atrás que, durante tantos meses, me ha acompañado, sin dejarme solo ni un segundo.

Ahora mi vida comienza de nuevo. Sin ella, pero tratando de sonreír, por todo lo que me queda pendiente.

He intentado descolgar el teléfono para llamarla, pero he sido incapaz.

Supongo que tengo tantas cosas que decirle, que puede que no me salieran las palabras.

Sé que ha llamado para preocuparse de mí cada uno de los días que he estado internado. Eso me ha hecho darme cuenta de lo afortunado que soy por seguir teniéndola en mi vida.

Ella fue la que cambió mi vida por completo. Hizo que dejara mi trabajo, que me apasionaba, por bailar. Que recorriera medio mundo rodando por las pistas de baile, sintiendo que, juntos, éramos mucho más que una pareja de baile.

Recuerdo sus sonrisas, su tristeza por no tener a Mario cerca, sus ganas de quererme.

Será imposible olvidarla. Pero ahora sé que tengo que dejarla marchar.

Solo puedo pensar en recordarla con una sonrisa.

Porque cada vez que escuche unos zapatos, miraré atrás, y recordaré la frase que tantas veces pronuncié para ella: *¿bailamos?*

Cuatro años más tarde...

Laura

Hoy es un día triste para mí.

Hace algunos años que dejé de bailar, pero en todo ese tiempo, he seguido visitando a Roland, y al sitio que para mí fue tan especial durante tantos años, mi refugio: El *Latin Club*.

Hoy cerrará sus puertas para siempre. Parece que desde que Jaime, Roland y yo dejamos de ir frecuentemente, todo se fue apagando.

Hoy será su último día, y como era de esperar, yo no podía faltar.

Roland y yo hemos organizado varias cosas, y estoy nerviosa. No solo por volver al sitio donde durante años fui feliz; también porque hay dos personas

que me acompañarán. Una de ellas todavía no es consciente de lo que significó para mí la palabra *baile*, y la otra, ha vivido mi sueño durante algunos años.

Estoy hablando de mi hija Luna y de Mario, mi tierno marido.

Luna tan solo tiene cuatro años, y es una niña que derrocha simpatía allá por donde pasa.

Su padre y yo estamos enamorados de ella, pero claro, no podría ser de otra manera.

Durante estos cuatro años han pasado muchas cosas, entre ellas, una boda alocada hace algo menos de un año.

Yo estaba decidida a no casarme, al fin y al cabo, tan solo es un papel.

Mario y yo nos llevamos perfectamente, llevamos muchos años juntos, y yo decidí que después de una boda fallida, y otra anulada, no quería volver a oír esa palabra en mi vida. Pero en mi caso, lo de a la tercera va la vencida, funcionó.

Mario y yo salimos de viaje a Roma, y en una cena que fue muy romántica, se arrodilló y me puso un anillo en el dedo. Está claro que, ante semejante proposición, mi respuesta no podía ser negativa.

En menos de dos meses, estábamos pasando por el altar. Lo hicimos en Menorca, en una ceremonia íntima. Rodeados de la gente que queremos.

Una boda romántica y sencilla.

Desde que Luna nació, Mario está totalmente volcado en nosotras. Dejó de hacer noches en el trabajo, y todo el tiempo libre que tiene nos lo dedica a nosotras.

¡Muero de amor por él! Supongo que es algo que he hecho siempre.

Nuestra vida no ha sido precisamente fácil, pero juntos, hemos sabido afrontar cada uno de los problemas que la vida nos ha puesto por delante.

—Amor, me voy. Te veo más tarde —dice Mario.

—Vale. Esta tarde tendrás que recoger tú a Luna. Todavía tengo muchas cosas que organizar.

—No te preocupes. Saldré antes. ¿Todo bien?

—Un poco triste. Todavía no puedo creer que vayan a cerrar el sitio que consideré mi refugio durante tanto tiempo.

—La verdad, es una pena, pero la vida sigue. Supongo que dará paso a algo mejor.

—Puede que tengas razón. ¿Has hablado con Roland?

—Sí. Llegará allí sobre las cinco, así que no puedo retrasarme mucho más.

—Nosotros llegaremos más tarde.

—Llámame cuando recojas a la niña.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también.

Mario se marcha, y yo cojo la escalera para subirme al armario. Es hora de desempolvar la vieja caja de zapatos.

Los zapatos rojos que tantas alegrías me dieron. Jamás volví a bailar con ellos. Me traen recuerdos preciosos, pero también me recuerdan otros muy dolorosos.

Desde que Jaime y yo dejamos de bailar, nunca más volví a cogerlos.

Supongo que, con él, cerré una etapa, y volver a bailar con ellos, era volver a abrir viejas heridas.

Hoy el *Latin club* se merece que mis zapatos vuelvan a bailar en ese suelo.

Por desgracia, no he vuelto a saber de Jaime. No he sido capaz de volver a llamarle. Y supongo que eso ha sido lo mejor. El miedo a volver a hacerle daño atormentaba mi mente, y aunque lo echo mucho de menos, sé el daño que le hice, y no quiero que vuelva a pasar por algo así.

Roland habla de vez en cuando con él, y me cuenta que está recuperado, y que se le escucha feliz. Ojalá y sea así.

Hoy en una noche tan especial, será imposible no acordarme de él.

A las cinco pasadas llego al *Latin Club*, Roland ya me está esperando.

Como locos comenzamos a preparar lo que será una noche para el recuerdo.

Han pasado muchos años desde que conocí a Roland, y me he dado cuenta de que gracias a él pude conseguir mi sueño. Él me abrió los ojos, y me hizo ver que lo que de verdad quería, estaba al alcance de mis manos, aunque luego la vida me hiciera dejarlo.

A las nueve todo está preparado para abrir al público, y yo estoy muy nerviosa.

—¡La calle está llena de gente! —grita Roland.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que esta noche va a ser inolvidable.

—Yo también lo creo. ¿Nerviosa?

—Como el primer día que entré aquí y me encontré contigo.

—Parece que echaremos de menos este sitio que nos dio tanto.

—Todavía no me lo creo. —A Roland se le humedecen los ojos—. Hoy, la luz de este sitio se apagará para siempre, y nosotros con ella.

—¡Roland! No vale llorar. Ya tendremos tiempo de hacerlo más tarde.

Ahora es hora de abrir, pasarlo bien, recordar los buenos momentos vividos y disfrutar mucho de esta noche.

—Sí. Tienes razón. ¿Abrimos? ¿Preparada?

—Preparada.

Las puertas se abren, y comienza a entrar la gente. En menos de diez minutos, el local está abarrotado, y nosotros felices por ello.

Una hora más tarde, Mario llega con Luna y con mi suegra. ¡Toda una sorpresa!

Luna se parece tanto a ella. Tiene el mismo desparpajo, su buen humor y la capacidad de sonreír siempre. Espero que nunca lo pierda. Me siento muy orgullosa de que se parezca a ella.

Mis compañeras de trabajo me dicen que he tenido mucha suerte con mi suegra, que normalmente todas son unas brujas, pero yo tengo que decir que yo no he tenido ese problema. Joaky siempre me ha tratado bien desde el primer momento. Nunca ha tenido una mala palabra para mí, y siempre me ha llenado de cariño. Aunque cuando me ha tenido que regañar, también lo ha hecho. Para mí, realmente no es mi suegra. Es como una amiga con la que siempre puedo hablar.

—¡Qué sorpresa! No imaginaba que fueras a venir.

—¿Y perderme a mi nuera bailando? Eso sí que no.

—Mario no me había dicho nada.

—Le dije que no te dijera nada.

—Mamá, la abuela va a dormir esta noche en mi cama, y se va a quedar para llevarme el lunes al cole —dice Luna con su lengua de trapo.

—¿De verdad, cariño? ¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Has visto qué rápido me cambia tu hija por la abuela?

—¡No seas envidioso, chico! —le dice Joaky. Todos reímos.

—Os podéis sentar donde queráis. Queda poco para que todo empiece.

—¿Nerviosa, cariño?

—Como un flan.

—Todo saldrá bien. Todos sabemos lo bien que lo haces.

—Os veo en un ratito. —Le doy un beso a Luna y vuelvo con Roland. Llegó la hora de cambiarse.

—Todo saldrá bien —me dice Roland.

—He perdido práctica, Roland.

-¡No digas tonterías! Esto es como montar en bici, nunca se olvida. Solo tienes que dejar tu mente en blanco y pensar en la música; todo vendrá rodado.

Cojo aire y salimos a la pista de baile. Todo está a oscuras, y comienza a sonar *Te robaré*, de Prince Royce.

Las luces se encienden, y ahí estamos nosotros, en medio del escenario, donde solo se escucha la música.

Me dejo llevar y, por un momento, mi mente viaja al pasado. A un pasado que, a día de hoy, parece muy lejano, que quizás, yo no he querido tener tan presente en este tiempo.

Recuerdo el primer día que entré a este bar. Salí del gimnasio y entré a tomarme algo sin saber lo que me iba a encontrar ahí dentro.

Me topé con un sitio donde ser yo misma, donde olvidarme de los problemas,

y encontré a Roland, la persona que me enseñó todo lo que sé ahora. Me enseñó a vivir el baile, a sentirlo, me creó la necesidad de venir todos los días, aunque, en ocasiones, no pude hacerlo tanto como me gustaba.

En Roland no solo descubrí una persona con la que bailar, descubrí un hombre que me entendía, que me enseñaba, y que, con el paso del tiempo, supe que me quería mucho; un amigo.

Un amigo que, durante muchos años, ha estado a mi lado. Al principio todo era baile, pero cuando acabó todo con Jaime, él supo estar ahí. Me ha cuidado como si fuera un hermano.

Solo tengo palabras de agradecimiento hacia él y buenos recuerdos guardados en lo más profundo de mi corazón.

Recuerdos que hoy se sienten más dolorosos. Hoy nuestras vidas pierden algo importante: un trozo de nosotros.

Cuando la canción acaba, todo el mundo aplaude. Nosotros nos retiramos del escenario, y Mario y mi familia se acercan a nosotros.

—¡Habéis estado increíbles! —dice mi suegra.

—Gracias.

—Mamá. Cuando sea mayor, quiero ser bailarina como tú. —Las palabras de mi hija me hacen sonreír.

—Serás siempre lo que quieres ser, mi niña.

—Has estado sublime, como siempre —añade Mario—. Sin quitarte mérito, Roland. —Él sonrío.

—Luna y yo nos vamos a casa. Es un poco tarde para la niña, y vosotros tenéis que seguir con la fiesta —dice Joaky.

—¡No os podéis ir solas! Mario, tienes que llevarlas.

—Las llevo yo, no te preocupes. —La voz me resulta conocida, y cuando

miro sonrío sin parar. ¡Es Diego! ¡Mi hermano está aquí! Corro para abrazarlo.

—¿Qué haces aquí? Me dijiste que no podías venir.

—¿Y perderme a mi hermana preferida? ¡Ni loco!

—¡No imaginas cómo me alegro de verte!

—No más que mi sobrina. Está encantada con que esté aquí.

—Normal. Casi no te vemos. Te echamos todos mucho de menos.

—Lo sé. El amor es lo que tiene.

—Espero que te trate bien.

—Todo va perfecto. Estamos pensando en boda.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Hace unos años me hubiera reído al escucharte decir eso.

—¿Crees que yo no? ¡La vida cambia, y nosotros con ella!

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Solo el fin de semana. El lunes tengo que trabajar.

—Mañana haremos algo.

—Más tarde volveré. Cuando deje a la niña y a Joaky en tu casa. Quiero estar con mi hermana.

—Aquí te espero. —No puedo parar de abrazarle.

Hace más de tres años que Diego vive en Madrid.

Conoció a una mujer en el cuerpo, y se enamoró perdidamente de ella. Suele pasarles a las personas que reniegan del amor.

Estuve muchos meses sufriendo, todos los vivimos con él. Estaba enamorado de ella pero, al principio, ella no le hacía nada de caso. Con el tiempo, se enamoró de él, pero había un problema: ella estaba casada.

Lo que empezó como un troteo y encuentros esporádicos, se transformó en una relación peligrosa. Ella decidió marcharse a Madrid y poner distancia entre Diego y ella.

Fueron meses muy duros. Nunca había visto a mi hermano llorar, y menos por una mujer.

Mario trataba de animarle, pero al final la solución estaba clara: tenía que estar con ella.

Pidió traslado a Madrid, ella dejó a su marido y comenzaron una relación.

Mi hermano siempre dice que arriesgó y ganó, y yo me siento orgullosa de él.

No me gustó que se metiera en medio de un matrimonio, pero cuando la conocí a ella y vi cómo le trataba, me di cuenta de que la persona perfecta había llegado a la vida de mi hermano.

Desde entonces, Diego se convirtió en otra persona. Su pose de chulesco desapareció por completo. Solo pensaba en su chica, y daba todo por ella.

Nunca he tenido queja de mi hermano. Él siempre me ha cuidado y ha sido cariñoso conmigo, pero desde que todo eso sucedió, estábamos mucho más unidos. Eso sí, en la distancia, porque viene muy poco a vernos.

Su relación con Mario es excelente, como siempre, ya no solo son los mejores amigos, también son los mejores cuñados.

Mi hija adora a su tío, y él adora a su sobrina.

Soy afortunada por tener en mi vida a gente tan maravillosa.

La noche sigue su curso. Todos bailamos, charlamos, reímos.

Roland está encantado y feliz, y yo celebro verle así.

Todo es perfecto, pero supongo que, en una noche especial, siempre hace falta un broche, y ese, tenía nombre.

Estamos en la barra tomando algo cuando suena una canción llena de recuerdos para mí, con la que terminamos de ganar el concurso. Una canción que quedará siempre en mi memoria y que, todavía, cuando la escucho, se me ponen los pelos de punta.

La canción de Romeo Santos y Marc Anthony: *Yo también*.

Alguien roza mi espalda y me dice: ¿Bailamos?

Me doy la vuelta, y lo miro. Mis ojos no pueden creer lo que tienen delante, y sin más, me tiro a sus brazos, llena de felicidad y de ilusión. Es la última persona que esperaba encontrarme aquí, pero también la que hacía falta para que esta noche fuera perfecta. Jaime ha venido. Después de tantos años, volvemos a vernos las caras. Él me sonrío.

—¡Dios! ¡No puedo creer que estés aquí! —Le acaricio la cara y mis lágrimas salen sin previo aviso. —Él me acaricia las mejillas con todo el cariño, y me dice:

—¡No se te ocurra llorar! He venido para celebrar, y disfrutar.

—No esperaba que vinieras. No he sabido nada de ti. Bueno, sí, Roland me contaba cómo estabas, pero no te había vuelto a ver.

—Era mejor así.

—Lo sé. ¿Estás bien?

—Sí. Todo mejor. ¿Qué dices a mi pregunta? —miro a Mario. Y él me sonrío. Estoy segura de que, si esta situación se hubiera dado cinco años atrás, su cara no sería de felicidad, sino todo lo contrario.

Le tiendo la man, y nos dirigimos a la pista de baile.

No puedo evitar sentirme nerviosa. Hace años que él y yo no bailamos juntos, que no nos vemos, pero aún así. Estoy feliz.

Por primera vez en mucho tiempo no quiero que la canción se acabe.

Vuelvo a sentir la magia que sentía cuando bailaba con él, y no solo lo hago yo, también lo hace la gente que nos está viendo.

Cuando la canción acaba, nos miramos a los ojos, y Jaime me sonrío.

—Parece que no ha pasado el tiempo —dice.

-Es cierto. He sentido que estábamos en ese concurso de nuevo.

—Yo también. Quiero decirte algo. —Me tenso.

—Dime.

—Quiero pedirte perdón por lo que sucedió hace unos años. Estaba enfermo. No quise verlo, y me arrepiento de todo lo que sucedió. Nunca debí retenerte, no debí tratarte así.

—Shhh... eso ya es pasado. Todo está bien. ¿Tú estás bien? Quiero decir, ¿estás recuperado?

—Sí. El tiempo que estuve internado me ayudó mucho. Luego seguí con terapia. Lo dejé todo hace un año más o menos. Estoy lleno de recuerdos y de culpa a partes iguales, pero mi obsesión se ha curado. Fue duro, Laura, pero comprendí que lo que sentía por ti me estaba matando. —Me quedo paralizada con sus palabras.

—Yo debí ver lo que estaba pasando.

—No fue culpa tuya. Me obsesioné y enfermé. Solo quiero que sepas que jamás te hubiera hecho daño. Estaba muy jodido, pero el amor que sentía por ti no me hubiera dejado hacerte nada.

—Yo lo sé, Jaime. Pensé mil veces en llamarte, pero no fui capaz. Quise dejarte tu espacio. Aunque siempre me he arrepentido de no hacerlo. Roland siempre me contaba cómo estabas.

—Sé que durante todo el tiempo que estuve internado, no hubo día que no llamaras. Eso me hizo muy feliz, te lo aseguro. Veo que Mario y tú por fin conseguisteis estar juntos. Me alegro mucho.

—Sí. El camino fue duro pero la recompensa valía la pena. Hace casi un año que nos casamos, y tenemos una niña de cuatro años.

—¿De verdad?

—Sí. Si hubieras venido un poco antes, la hubieras visto.

—Me hubiera encantado. Yo también soy padre.

—¿En serio? ¿Te casaste?

—No exactamente. Conocí a alguien especial, y la niña se metió en mi vida sin pensarlo. Estaban solas, y necesitaba que alguien se encargara de la niña cuando ella faltara, estaba delicada de salud. Simplemente la adopté sin más.

Ahora tiene seis años, y es la niña de mis ojos.

—¡Vaya, eso es fantástico!

—Lo es. Para ojos de todo el mundo es mi hija. Así lo siento. Puede que no lleve mi sangre pero, a veces, no se trata de eso. Se trata de amar a alguien de manera incondicional, de saber que, si le pasara algo, te faltaría el aire. No necesito que nadie me diga que es mía para sentirlo así. Me llama *papá* y, para mí, eso es lo más importante.

—¡Eres una persona increíble! Me gustaría poder conocer a tu hija algún día. Seguro que a Luna también le gustaría.

—¿Se llama Luna? —Jaime se ríe.

—Sí. ¿Por qué te ríes?

—Mi hija se llama Estrella. —Los dos comenzamos a reír sin parar.

¿Cuánto hacía que esto no pasaba entre nosotros? ¿Años? Nunca es tarde para recuperar a alguien, ¿no?

Jaime y yo volvemos con todos, y le saludan con cariño. Mario también.

—Ahora que estamos todos aquí, que, por cierto, nunca pensé que pudiéramos estar reunidos de esta manera, quería que supierais algo. Yo no estoy aquí por casualidad. Todos sabéis que hace años pasé por una situación complicada, pero que todo está resuelto ya. Estoy recuperado. Ya le he pedido perdón a Laura, y también quiero hacerlo contigo, Mario. No recuerdo muchas de las cosas que dije, pero sí sé que te hice daño con mis hechos. Solo quiero decirte, y no quiero justificarme con ello, que, en ese momento, era una persona enferma. Me ha costado años admitirlo, pero esa es la verdad.

Espero que me perdones.

—No tengo nada que perdonarte. Durante mucho tiempo fuiste una persona muy importante en la vida de Laura, y creo que a día de hoy lo sigues siendo.

Entiendo por lo que pasaste, y no tengo nada que reprocharte.

—Te lo agradezco, de verdad. Igualmente, me gustaría disculparme con todos. De alguna manera o de otra, todos os habéis visto envueltos en todo esto. Dicho esto, vamos a otra cosa muy importante: hoy cierra *Latin Club*.

Para muchos, es solo un bar de copas y de baile, pero para Roland, Laura y para mí, es mucho más que eso. Es un pedacito de nuestra vida. Cuando supe que cerraba, se me encogió el corazón.

»Hace unos ocho años, me senté en esta barra por casualidad. Pedí una copa, y me quedé fascinado con lo que aquí sucedía. La gente no solo venía a bailar, venía a vivir una vida diferente a la que tenía fuera. Solo había que verme a mí, profesor de primaria por las mañanas, y bailarín por las noches.

Cuando entré, Roland me tendió su mano, yo ya sabía bailar, pero él me

enseñó mucho más. Me enseñó a transmitir con el baile, a sentir, y a ver la vida de otra manera.

»Cuando le vi bailar con Laura, lo supe: había encontrado mi pareja de baile. Hablaba con Roland del tema muchas veces, pero él siempre me decía

lo mismo: «ella solo viene aquí para alejarse de su vida de fuera, no quiere otra pareja que no sea yo. Dudo que consigas que cambie de opinión». Al final, lo hice. Con el tiempo, y por una buena casualidad de la vida, conseguí que bailáramos, y desde que lo hicimos, los dos comprendimos que lo nuestro no era solo bailar. Todo el mundo decía que teníamos magia, que parecíamos pareja, aunque no lo fuéramos.

»Durante meses, fui feliz en este bar, esperando a que ella cruzara esa puerta y me dedicara una sonrisa. Y no una cualquiera, la más especial de todas. Fui muy feliz con ella, y la quise mucho. Tanto que me dolía. He pasado los mejores momentos de mi vida aquí. Si miro atrás, recuerdo cada uno de ellos con el mismo cariño. Yo no podía dejar que mis recuerdos se quedarán así, guardados. No podía permitir que cerraran el sitio donde hemos sido tan felices, así que... ¡He comprado el local! El *Latin Club* tiene nuevo dueño, y soy yo. —Me quedo de piedra al escuchar lo que ha dicho Jaime—. No voy a permitir que esto cierre.

—¿Qué estás diciendo? Si yo mismo hablé con el dueño y me dijo que no lo vendería a nadie —dice Roland.

—Le dije que me guardara el secreto. Quería que fuera una sorpresa para todos, aunque todavía queda otra. Es un deseo que he tenido desde que supe que esto cerraría, y que me gustaría que se cumpliera, pero para que eso suceda tengo que contar con la ayuda de alguien. —Jaime me mira—. Mi idea es montar una escuela de danza y que, por la noche, esto siga siendo un club de baile. El nombre lo cambiaría y, bueno, solo quería saber si puedo contar contigo para esto, Laura. ¿Te gustaría ser la profesora de baile del *Bailas conmigo*? —Me quedo de piedra—. Puede que sea una locura, pero sé que los dos lo haríamos muy bien. Por supuesto solo sería por la mañana. De las noches dejaríamos que se encargara Roland, como siempre. —Él sonrío —.

¿Qué me dices?

—No sé. Es una locura. No puedo decidir algo así de repente. Acabas de aparecer en mi vida después de cuatro años y me dices que sea la profesora de baile de tu local, del local donde nos conocimos y que ha sido tan importante para mí.

—Por eso no puedo pensar en otra persona que no seas tú. Cuando lo cogí, lo hice con esa idea. Sería todo estrictamente profesional, y siempre como buenos amigos.

—¿Puedo pensarlo?

—Tienes un mes para decidirte. Pienso hacerle un lavado de cara al local, y me va a llevar algo de tiempo. En un mes espero verte por aquí dando clases a los nuevos bailarines.

Esa noche cierra el *Latin Club*, pero no de la manera que yo imaginaba. Lo hace para abrir una nueva etapa.

¡Ser profesora de baile! Nunca lo hubiera imaginado.

Mario me apoya, y cree que sería una buena oportunidad para mí, además de hacer lo que siempre me ha gustado.

Tengo un mes para pensarlo, pero en mi mente ya solo puedo pensar en...

¿Bailas conmigo?

AGRADECIMIENTOS

No habría agradecimientos sin mencionar a mi querida Lola Gude. Puede que el camino no sea fácil, pero teniéndola a ella al lado, hasta lo imposible se consigue. Gracias por tu paciencia, por darme siempre esos días que tanta falta me hacen, por ayudarme con mis locas sinopsis. Porque da gusto abrir el correo y poder hablar contigo. Gracias por darme un poco de luz en los días tan oscuros. Gracias por hacerlo todo con tanto cariño.

Me siento una afortunada por pertenecer a *Selecta*, y haber podido conocer a

compañeras tan maravillosas aunque, de momento, solo sea a través del cristal.

Gracias a cada una de las personas que deciden leerme, que dejan sus comentarios o que llenan de cariño mis redes sociales. Gracias a todos y a cada uno de vosotros.

Con esta tercera parte, cierro la trilogía de *Bailamos*, y aunque yo le di un punto final a esta historia, alguien que siempre me da buenos consejos, y a la que admiro por la forma que tiene de hacer las cosas, pensó en Jaime como algo más. Mi pequeño Pepito Grillo... porque siempre está ahí para darme buenos consejos y decirme cuándo las cosas están bien, regular o mal. Se lo digo con mucho cariño, por supuesto, y espero que no se ofenda en absoluto.

Ella pensó que Jaime podría tener su historia, y... ¡la tendrá! Después de todo, es un personaje clave en la historia, y se merece un final feliz.

¡Gracias, Lola!

¿Quieres saber que encontrarás

en la historia de Jaime? Sigue leyendo:

(...) Sigo bailando, pero ella vuelve a soltarse de mi mano. «¡No, no te vayas! ¡Escúchame!»

Vuelvo a despertarme empapado en sudor. Otra vez la misma pesadilla.

Mi psicóloga dice que tengo tantas cosas guardadas dentro que, hasta que no consiga exteriorizarlas, no seré capaz de seguir adelante.

¿Qué puedo hacer? Llevo dos años sin ver a Laura. Roland ha venido a verme en alguna ocasión, y aunque me dice que ella está bien, evita hablarme del tema. Supongo que tiene miedo de que pueda recaer, pero lo cierto es que estoy mucho mejor.

Me ha costado dos años afrontar el problema, y por fin puedo llamarlo por su

nombre: enfermedad.

La gente piensa que las enfermedades de la cabeza no existen; yo también lo creía hasta que me sucedió.

En este momento no puedo decir que estoy curado, pero sí que estoy mucho mejor.

Han sido días muy duros, en los que ni yo mismo me reconocía. Dicen que de amor nadie se muere, pero lo que sí es cierto es que uno puede enfermar.

Mi amor por Laura se convirtió en una obsesión, y me llevó a cometer locuras de las que me arrepentiré toda la vida.

Si de algo me ha servido la terapia es para comprender que tengo un problema, pero, ante todo, ponerle remedio.

En esas sesiones he conocido a alguien especial. Alguien que tiene una vida dura, y que me ha hecho comprender que hay que luchar hasta cuando no te quedan fuerzas.

Le debo mucho, y pienso pagárselo.



Si te ha gustado

A mil pasos de ti

te recomendamos comenzar a leer

Ódiame de día, ámame de noche

de *Nieves Hidalgo*

1

Sevilla, septiembre de 1817

Los ojos almendrados y oscuros de María Vélez se entornaron al mirar a su nieto y observar sus rasgos aristocráticos. Estaba sentado frente a ella, en uno de los sillones de mimbre, y mantenía los párpados cerrados y las piernas estiradas, una bota sobre la otra. Le vio mover una mano con dejadez para espantar a la impertinente mosca que le zumbaba junto a la oreja y sonrió. Era como ver a un animal salvaje en reposo, en apariencia inofensivo, pero en cuyo interior latía el ímpetu peligroso de la juventud.

María acercó la copa de jerez frío a sus labios y bebió un pequeño sorbo.

—¿Cuándo piensas regresar a Inglaterra?

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista, abuela? Cuando tú regreses conmigo.

—Entonces, nunca.

La respuesta hizo que los ojos de Jason Rowland, vizconde de Wickford y futuro conde de Creston, se abrieran. Tan oscuros como los de ella, tenían en ese momento una intensidad tormentosa, ese tipo de mirada que seducía a las mujeres e intimidaba a los hombres. Pero de inmediato perdió el punto de dureza y se tornó en otra más abierta, levemente cáustica. Se sentó derecho, tomó su copa y bebió fijando la mirada en el rostro arrugado, pero aún señorial y hermoso, de la anciana.

—Si entendiera tu punto de vista, tendría ganado el cielo. Pero no lo entiendo. Permanecer aquí, a la sombra de la injusticia de un rey que se ha burlado de las decisiones de su pueblo derogando la Constitución de Cádiz y persiguiendo sin tregua a los liberales, es de locos.

—¿Acaso estaría mejor en un país regentado por un hombre con muy pocos escrúpulos, que dedica su tiempo a francachelas y festejos, y además es bígamo?

—No defiendo a Prinny y lo sabes, pero aquí no estás segura porque tus miras políticas te acarrearán enemigos.

—Soy una vieja a la que ya nadie hace caso y España es mi hogar.

—Tu hogar ha sido Creston House desde que te casaste con el abuelo. Y allí es donde deberías estar, con tu hijo y conmigo.

—Tu abuelo nos abandonó hace ya años, Dios le tenga a su lado. Retornar a los lugares en los que compartimos nuestra felicidad sería una tortura, por eso decidí volver a Sevilla. En Inglaterra todo me recordaba a él.

—Aún lo echas de menos.

—Lo haré hasta mi último aliento.

—Mi padre no deja de añorarte a ti.

—James tiene muchas ocupaciones, yo solo sería una carga para él.

—Ahora, la que dice tonterías eres tú.

—Quiero ser enterrada aquí, cerca del Guadalquivir. Sin embargo, a ti sí que te echarán en falta. Y no creo que tenga que recordarte que tienes una esposa.

El rostro de Jason se tensó con la mención de la mujer a la que odiaba. Dejó la copa sobre la mesa de hierro forjado con demasiada rapidez, como si con el gesto quisiera desprenderse de la alusión a ella, y desvió la mirada hacia los parterres de geranios.

—Ni mi padre ni ella notarán mi ausencia —dijo, reticente.

—No eres nada justo.

—¿Eso crees? —Se inclinó hacia ella y apoyó los codos sobre las rodillas

—. Cassandra estará encantada dilapidando mi fortuna a manos llenas sin la necesidad de tener que soportar mi presencia; no me extrañaría que ya hubiera encontrado a algún avispa que caliente su cama. En cuanto a mi padre...

—¡Jason, no seas vulgar!

—En cuanto a mi padre —repitió con un retintín irónico, haciendo caso

omiso de la regañina—, tiene lo que quería: una nuera. Que no le haya dado un nieto aún, no es mi culpa. Yo te aseguro que hasta que mi «adorable»

esposa me traicionó y echó de su cuarto, hice todo cuanto debía para engendrar un heredero.

—¡Es suficiente, muchacho! —Palmeó enojada el brazo del sillón.

—Perdona, abuela. Siento haberte hablado así, pero has sido tú quien ha vuelto a sacar el tema.

—Tu padre te quiere a rabiar, lo creas o no. Es vuestro carácter irascible el que os ha enfrentado desde que eras un mocoso, ambos sois demasiado tercos.

Alguno de los dos debería, como decimos aquí, apearse del burro.

Jason se echó a reír: los dichos y refranes de su abuela conseguían casi siempre devolverle el buen humor.

—Lo que pasa es que no soporto que se meta en mi vida.

—Vas a cumplir treinta años y es lógico que él espere un nieto. Un nieto al que mimar. Y yo, de paso, un bisnieto que alegre mis últimos días. Creston House necesita un heredero y lo sabes muy bien. Por tradición y por lógica, es inapelable. En cuanto a tu esposa... Dale tiempo, hijo, apenas os conocéis, ni siquiera la cortejaste como suele ser habitual. Además, eso de que te traicionó...

—Lo hizo. Pero no fue un cortejo al uso, desde luego, eso sí lo reconozco.

De todos modos, ella apenas me puso trabas para meterse entre mis sábanas.

—¡Jason!

—Mi padre me quería casado, yo estaba harto de discusiones y ella es muy hermosa. ¿Por qué no pedirle matrimonio? Era el mejor modo de que él me dejara en paz de una vez por todas.

—Puede que te pareciera el mejor, pero muy poco apropiado para forjar la base de una convivencia estable.

—Lo hubiera sido de no comportarme yo como un imbécil. Me enamoré y ella, por el contrario, me engañó y pisoteó mi orgullo. Eso sí, durante el escaso tiempo que nos mantuvimos juntos, no me puedo quejar en absoluto de su comportamiento en la cama.

—¡¡Ya está bien!! Por muy vizconde que seas, aún puedo cruzarte la cara de una bofetada —amenazó la anciana, ya muy incómoda por las expresiones de su nieto.

Jason recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Lamentaba su escasa delicadeza, pero no conseguía que no perdiera los estribos cada vez que hablaba de su condenada esposa: la miserable que se burló de él, que le despreció y echó su corazón a los perros.

Cuando quiso darse cuenta, ella no estaba en el patio. Se levantó, pesaroso y avergonzado por haberla hecho enfadar y fue en su busca. La encontró en las cocinas hablando con Rocío, a la que saludó con un guiño. Abrazó a su abuela por la espalda, besó sus blancos cabellos y rogó:

—Perdóname una vez más, nana. Soy un imbécil sin remedio.

María se giró en sus brazos y él volvió a besarla, ahora en la frente.

—Lo que eres es un bribón.

—Aun así, supongo que algo me tocará de lo que habréis preparado de comer, porque estoy famélico. ¿Qué tenemos para hoy?

—¿Qué le parece un gazpacho y unos andrajos con bacalao, señorito?

La cocinera estaba pendiente de todos sus caprichos, como el resto de los sirvientes de la casa, y no había día que no le sorprendiera con algún nuevo plato. Era bajita, regordeta, con el cabello negro como la noche y unos ojos que siempre relucían de buen humor.

—Suenan fantástico, Rocío. Salvo eso de los andrajos. Porque además de

bacalao, ¿qué lleva?

La mujer sonrió y movió la cabeza sin dejar de picar tomates.

—Ajos, tomates, pimentón, cebollas, almejas... Un poquito de hierbabuena.

Usted déjeme a mí. ¿Alguna vez le he puesto en la mesa algo que no se haya comido hasta hacerle rebañar el plato?

—No tiene mucho mérito —bromeó, enlazándola por la ancha cintura—; soy un estómago agradecido.

—Eso sí que es cierto. Come como una lima, no entiendo cómo puede estar tan delgado.

—¿Qué tal un poco de crema andaluza de postre? Pero dulce, dulce; la de la semana pasada tenía un extraño sabor a... comino.

—¡Comino! —Se escandalizó ella, volviéndose hacia él de golpe—. ¿Que yo he puesto comino en mi crema?

Jason saltó hacia atrás porque Rocío blandía el cuchillo y lo movía bastante cerca de sus narices. Alzó las manos en señal de rendición y se echó a reír. Le encantaba hacerla rabiar.

—Me la tomaría, aunque echaras sal.

Ella torció un poco la cabeza y se quedó mirándole unos segundos.

—Es usted un pícaro de tomo y lomo, señorito. ¡Hala, hala, fuera de mi cocina! Déjeme trabajar, si es que quiere comer pronto.

Tras ese divertido paréntesis, abuela y nieto regresaron al porche.

—Comino, dice el muy bandido... —Escucharon tras ellos la queja de Rocío—. ¡A nadie se le ocurre más que a él! Señor, Señor, acabará por volvernos locos a todos.

Selecta

CHRIS RAZO

A mil pasos de ti



Trilogía Bailamos 3

No te pierdas la última parte de Bailamos.

No sabes lo que puede llegar pasar...

Una boda anulada

Cuando parecía que la relación entre Laura y Mario era perfecta, unos mensajes en el teléfono de él ponen a Laura entre las cuerdas.

Decide anular la boda y marcharse.

La confianza en Mario ya no existe.

Mentiras

Mario ha empezado a coger confianza con su compañera de trabajo. Unos inocentes mensajes entre ambos harán que la vida de Mario se convierta en un infierno.

Luchará por Laura hasta quedarse sin fuerzas, pero una terrible noticia le partirá el corazón en mil pedazos.

Vuelta al pasado

En un viaje que parecía tranquilo, Laura se encuentra con Javier. Juntos reviven momentos vividos.

Él ha vuelto a fracasar en el amor y cree que el error de Mario le beneficiará.

Todo cambiará cuando Laura descubra la verdad y su pensamiento hacia Jaime cambie totalmente. ¿Será tarde para escapar?

Chris Razo nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño.

Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Chris Razo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-85-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[A mil pasos de ti](#)

[Capítulo 1. Tiempo para pensar](#)

[Capítulo 2. De viaje al pasado](#)

[Capítulo 3. Confusión](#)

[Capítulo 4. Pasos hacia atrás](#)

[Capítulo 5. Siempre tú](#)

[Capítulo 6. Confianza](#)

[Capítulo 7. Tu locura](#)

[Capítulo 8. El peligro de quererme](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Chris Razo](#)

[Créditos](#)

Document Outline

- [A mil pasos de ti](#)
- [Capítulo 1. Tiempo para pensar](#)
- [Capítulo 2. De viaje al pasado](#)
- [Capítulo 3. Confusión](#)
- [Capítulo 4. Pasos hacia atrás](#)
- [Capítulo 5. Siempre tú](#)
- [Capítulo 6. Confianza](#)
- [Capítulo 7. Tu locura](#)
- [Capítulo 8. El peligro de quererme](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Si te ha gustado esta novela](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre Chris Razo](#)
- [Créditos](#)



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

